

REVISTA LITERARIA KATHARSIS

La huerta de Juan Fernández
Tirso de Molina (1579-1648)



Digitalizado por Katharsis
[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

LA HUERTA DE JUAN FERNÁNDEZ

de Tirso de Molina

Personas que hablan en ella:

- Doña PETRONILA
- LAURA
- Don HERNANDO
- El CONDE Galeazo
- TOMASA
- MANSILLA
- ROBERTO
- Un CRIADO
- Un ALGUACIL
- MARCOS, mozo de mulas
- PABLO, mozo de mulas

ACTO PRIMERO

Salen de la venta doña PETRONILA, vestida de hombre, y en traje de camino, con botas y espuelas; TOMASA, también de hombre y como lacayuelo, el capotillo con muchas cintas

TOMASA: Un cuartillo de cebada
le basta y sobra; que en fin
es pollino y no rocín.

PETRONILA: ¿Hacéis a Madrid jornada,
gentil hombre?

TOMASA: A su servicio.

PETRONILA: ¿De dónde?

TOMASA: Hoy salí de Ocaña.

PETRONILA: ¿Vais solo?

TOMASA: No me acompaña
sino un jumento, novicio
en la albarda, porque es nuevo,
y anteayer se destetó.

PETRONILA: Si tres leguas caminó,
no me parece, mancebo,
que es el pienso suficiente
de un cuartillo.

TOMASA: Coma paja.

PETRONILA: Quien no come, no trabaja.

TOMASA: Como pobre se sustente;
que no tiene de igualarse,
dando ocasion a la gula,
un asno con una mula.
La paja ha de compararse
en las bestias con el pan,
la cebada con el queso;
y ya sabéis, según eso,
que es poco el queso que dan.
¿Por qué pensáis vos que España
va, señor, tan decaída?
Porque el vestido y comida
su gente empobrece y daña.
Dadme vos que cada cual
comiera como quien es,
el marqués como marqués,
como pobre el oficial;
vistiérase el zapatero
como pide el cordobán,
sin romper el gorgorán
quien tiene el caudal de cuero;
no gastara la mulata

manto fino de Sevilla,
ni cubriera la virilla
el medio chapín de plata;
 si el que pasteliza en pelo,
sale a costa del gigote,
el domingo de picote
y el viernes de terciopelo;
 cena el zurrador besugo
y el sastre come lamprea,
y hay quién en la corte vea
como a un señor al verdugo;
 ¿qué perdición no se aguarda
de nuestra pobre Castilla?
El caballo traiga silla,
y el jumento vista albarda;
 coma aquel un celemín
y un cuartillo a esotro den,
porque el jumento no es bien
que le igualen al rocín.

PETRONILA: No os han de faltar molestias
si no templáis ese humor,
y os pudrís reformador
comenzando por las bestias.
 ¿Quién diablos os mete a vos,
tan mozo, en esos pesares?
Los vestidos y manjares
comunes los hizo Dios.

TOMASA: Engañaisos.

PETRONILA: ¿Que me engaño?

TOMASA: Perdonadme esta simpleza.
¿Por qué hizo naturaleza
el tabí, la seda, el paño,
 la holanda, el cambray y estopa,
distintos al tacto y vista?
Porque cada cual se vista
según su estado la ropa.
 Dentro de una misma especie
hallaréis que el universo
hizo su manjar diverso,
de que cada cual se precie:
 el racimo moscatel
y albillo, que al noble pinta,
la cepa jaén y tinta
para el que rompe buriel,
 el noble melocotón
que deleita al caballero,
con el durazno grosero
para los que no lo son.
 el amacena regalada
que el delicado conozca,
la chabacana, mas tosca
para el pobre dedicada.
 Ofrece una misma granja,
en fe de esta distinción,
para el príncipe el limón,
para el no tal la naranja.
 En el campo y el verjel

la primavera arrebola
pare el pastor la amapola,
para la dama el clavel.

El jazmín que al muro sobre,
al rico aromas derrama,
al oficial la retama,
tomillo y romero al pobre.

Pues ¿por qué --¿cuerpo de tal!--
si hizo el cielo distinción
del abadejo y salmón,
no comerá el oficial

aquel que importa a su esfera
y el pobre jornal que saca?
Paciendo para él la vaca,
¿ha de gastarse en ternera?

Están los hombres perdidos.
No lo entiendo, ¡vive Dios!

PETRONILA:

Ya se labra para vos
hospital de los podridos.

Dejaos de eso, por mi vida;
que aunque con sal reprendéis,
imposibles pretendéis.

Miéntras guisan la comida
en esa venta, y mi mesa
alegráis, a que os convido,
si lo que muestra el vestido
vuestra inclinación profesa,
decidme de quién sois paje.

TOMASA:

Helo sido de gineta
de un capitán que sujeta
la voluntad a mi ultraje.

Alojóse en mi lugar
--Cabañas de Yepes es--
estuvo en Ocaña un mes;
proeuréle regalar

en mi casa labradora,
y el hospedaje pagó
en que de ella nos llevó
una hermana que le adora.

PETRONILA:

Paga siempre así el soldado.

TOMASA:

Salí ofendido tras él,
quejándome, y el crüel
dejóme a un olivo atado.

Sé que en la corte ha de estar
y voy a darle noticia
al rey, y a pedir justicia.

PETRONILA:

Fácil la vendréis a hallar;
que la que a Madrid gobierna
no sufre burlas agora.

Buscaréis la labradora
con plumas y galas tierna,
y entre tanto, si queréis
servirme, estaréis conmigo.

TOMASA:

Por lo desbarbado, digo
que igual elección hacéis.

Vuestro soy desde este día;
que engendra la semejanza

Amor, y tengo esperanza
de que en vuestra compañía
tengo de hallar buen despacho
del agravio que recelo.
Ya soy vuestro lacayuelo,
a lo aragonés, regacho.
Mudad, señor, en "tú" el "vos;"
que el "vos" en los caballeros
es bueno para escuderos.

PETRONILA: Donaire tienes, por Dios.
TOMASA: ¡Oh! Pues veréis maravillas,
y sabréis historias largas.

PETRONILA: ¿Es tu nombre?
TOMASA: Hasta aquí, Vargas,
pero para vos, Varguillas.
¿Y el vuestro?

PETRONILA: Don Gómez.
TOMASA: ¡Bravo!
¿La patria?

PETRONILA: Jaén.
TOMASA: Mejor.
Seréis hombre de valor.

PETRONILA: Téngole, mas no me alabo.
TOMASA: ¿Y a qué a la corte venís?
PETRONILA: A casarme.
TOMASA: No lo apruebo.
PETRONILA: ¿Por qué?
TOMASA: Porque, apenas huevo,
de la cáscara salís,
y ya aspiráis para gallo.
Nazcan las plumas primero;
probad a Madrid soltero;
quizá después de proballo,
mudaréis de parecer.

PETRONILA: Llámame un suegro hacendado,
con un ángel que pintado,
aunque le nombran mujer,
en belleza es superior.

TOMASA: Renegad de quien tal pinta.
Diz que hay ángeles en cinta
en este lugar, señor.
Como está Madrid sin cerca,
a todo gusto da entrada.
Nombre hay de *puerta cerrada*;
mas pásala quien se acerca.
Doncella y corte son cosas
que implican contradicción.

PETRONILA: ¡Malicioso!
TOMASA: ¡Y con razón!
Las ciruelas más sabrosas,
mientras con su flor se están
en el árbol, se aseguran;
pero al momento maduran
que a la banasta las dan.
Una doncella en su casa,
Ciruela en el árbol es,
que a veces, de treinta y tres,

es con flor, ciruela pasa.
Pero en Madrid no hay ninguna
que sea lo que parece,
porque en naciendo, se mece
en un coche en vez de cuna,
con que a madurarse basta,
cochizando de día y noche;
que, en fin, doncellas en coche
son ciruelas en banasta.

PETRONILA: Y vos un grande bellaco.
Mucho os tengo de querer
vamos agora a comer.

TOMASA: Si yo de Madrid os saco,
madrigado entendimiento
me prometo.

PETRONILA: Dad cebada
sin tasa en esta jornada,
Vargas, al pobre jumento;
que en llegando a Valdemoro,
le venderéis, y allí habrá
mula en que vais.

TOMASA: Comprará
quien le ferie un asno de oro
como el que Apuleyo pinta.

PETRONILA: ¿Cómo?

TOMASA: Sabe caminar,
siendo jumento, y callar;
que es gracia de otros distinta;
que el jumento no merece
nombre de tal, si se halla
de este humor, pues mientras calla
el Necio, no lo parece.

Y hay otros mil que procuran
cobrar nombre de discretos
que contra ajenos defetos
rebuznan cuando murmuran.
¡Qué de ellos ocupan sillas,
dignos de alabarlos!

PETRONILA: Comamos.

TOMASA: Lampiño don Gómez, vamos.

PETRONILA: Sígame, señor Varguillas.

Salen don HERNANDO, de jardinero, y LAURA, de dama

HERNANDO: Permitid, Laura mía,
que mis sabrosos anales,
de estas flores haciendo tribunales,
sitial y trono de esta fuente fría,
formen de vos querellas,
y os digan mis agravios;
vos la acusada, los testigos ellas,
serviránles de labios
estos claveles bellos,
quejándome de vos por todos ellos.
Tres meses los sayales
en esta huerta, de Madrid recreo,

me ofrecen bienes, y me ferian males.
Jardinero de amor por vos me veo,
vestido de esperanzas
que en tristes dilaciones
se engolfan, por recelos de mudanzas,
de quimeras de amor, de suspensiones;
y apenas descubierto
de lejos miro el puerto
cuando vientos contrarios se resuelven
a perseguirme, y a engolfarme vuelven;
porque el Amor, que mi lealtad conoce,
la playa llegue a ver y no la goce.
Heredé de mi patria las desdichas
que significa el nombre
que le dio el fundador suyo primero.
Málaga la llamó, porque me asombre,
pues comenzando en "mal," no tendrá dichas
quien es de las desgracias heredero.
Di muerte a un caballero
por celos de una dama;
temí a los ofendidos;
partíme a Italia por cohechar olvidos;
amparóme el de Feria cuya fama
digna de eternizarse entre pinceles
vuela con plumas no mas con laureles.
Servíle capitán de infantería,
y Marte, fuego que el de Amor enfría,
favorable conmigo,
hizo a Milán testigo
de que aunque solo, ausente y desdeñado
salí, si amante no, feliz solado.
Acabóse la guerra;
publicóse la paz en el Piamonte;
llamábame mi tierra;
fue forzoso, mudando su horizonte,
pretender en Madrid premios debidos
al riesgo de dos años.
Saqué papeles bien favorecidos
del duque; mas pagaron desengaños
hazañas; que a los fieles
se les vuelven mortajas los papeles.
Nombróme camarada
Pompeyo, vuestro tío, en la jornada
a que le dio motivo vuestro pleito;
díjome que, aunque deudo, os competía
--en contar mis desdichas me deleito--
porque al condado justa acción tenía,
que en Valencia de Po, por sucesor
de vuestro padre, vuestro nombre adora.
Llegamos a esta corte
de quien sois el Apolo, el alba, el norte;
supimos que esta quinta,
que eternos mayos en sus cuadros pinta,
huéspedada os adulaba.
Visitóos vuestro tío;
que entre la sangre que el valor alaba
--puesto que sea el pleito desafío--

pelean los letrados y oficiales,
hacen campos de guerra tribunales,
[ejércitos testigos],
y litigan los nobles como amigos.
Merecí, Laura hermosa,
veros para perderme;
que mata el áspid cuando en flores duerme.
Vi en vuestro rostro de clavel y rosa
dorados girasoles;
jazmines en su cuello trasladados;
en vos vi muchos soles,
puesto que en vuestros ojos duplicados.
Vi, en fin, la nieve en fuego,
costándome el miraros quedar ciego.
Partióse brevemente
el conde; que vencido
en el pleito presente,
y vitoriosa vos, habéis podido
con la justicia vuestra,
y más con la hermosura,
dar en la corte muestra
que competir con vos será locura;
pues, para dar enojos,
mil "*fallamos*" pronuncian vuestros ojos.
Quedéme tan sin vida
que para recobralla,
la libertad perdida
la busca, mas no la halla,
puesto que, jardinero,
entre esperanzas flores, desespero.
Aquí mudando el traje,
cultivaba desvelos,
grosero en el lenguaje;
que en fe de que son rústicos los celos,
celoso yo, aunque en vano,
por vestirme de celos, soy villano.
Declaréos una tarde
al borde de esta fuente
que mis pesares en sus risas llora
mi amor, haciendo alarde
de humilde pretendiente,
y fueme la Fortuna protectora;
pues oyéndome grata,
me hicistes poco a poco
de puro feliz loco
con favores que agora me dilata,
perseguido de agravios y tensores,
que ocasionan sin fin competidores;
pero es común tributo
sembrar flores Amor sin coger fruto.
Tres meses de esperanzas
sirviéndoos entretengo;
recelo las mudanzas
del mar y la mujer, y agora vengo
o a que os mostréis clemente,
y aseguréis partidas
que me baraja tanto pretendiente,

LAURA:

o a que desesperadas y homicidas
mis ansias y la fe de mis amores,
en flores muera, pues nació entre flores.
¡Ay don Hernando Cortés!
¡Qué bien sigues el estilo
de la corte presurosa
porque te dio su apellido!
A dar fondo a los quilates
de tu amor la fe que al mío,
horas llamaras los años,
si llamas las horas siglos.
¿Dilaciones encareces?
Caro vendes, o amas tibio,
porque enfermo está el amor
que desmaya a los principios.
Los propósitos jugamos,
y son tan firmes los míos
en materia de quererte,
que por causa tuya olvido
parientes obligaciones,
que en derecho más antiguo
fundan tálamos deseos,
que si los oigo, no admito.
Sobre palabra se juega;
el crédito tengo rico;
ganancioso te levantas
cuando cédulas te libro;
que no son ditas quebradas,
pues paga a plazo cumplido
el que es noble, cuando pierde,
por palabra o por escrito.
Si cultivando esperanzas
vives labrador fingido,
yo también porque te quiero
patria dejo y quintas vivo.
¿Qué celos tus flores hielan?
¿Qué mudanzas, qué desvíos
el fruto te desazonan
que ya tan cercano has visto?
Tus esperanzas dilata
un amor con artificio
que intenta probar finezas
de un diamante, al cabo vidrio.
En Madrid me tienen pleitos
de parientes que, enemigos
usurpándome mi estado,
dieron causa a mi camino.
Conde de Valencia fue
mi padre, que a falta de hijos,
tuvo en mí la sucesión
de su sangre y apellido.
Criábame yo en Milán
a la sombra y patrocinio
del conde de Monteflor
que es quien te trujo consigo.
Estaba en mi patria entonces
por alcaide del presidio

que en aquella plaza tienen
las banderas de Filipo,
Alejandro Malatesta
que, hermano del padre mío
por la línea de varón,
alega desvanecido
pertenecerle el condado
que me usurpa; y a los filos
de las armas remitiendo
los derechos de los libros,
de todo se apoderó,
amparándole el castillo
en la posesión violenta
que rehusan sus vecinos.
Viéndome desamparada,
ausente, y favorecido
del duque gobernador
mi contrario, aunque mi tío,
fue forzoso el socorrerme
en España del asilo
de su rey y consejeros
donde descansan peligros.
Hospedáronme ha seis meses
cortesanos deudos míos
con licencia de su dueño,
en este apacible sitio,
digna elección de un buen gusto,
donde recreada olvido
los que en Italia curiosos
retratan el paraíso.
Pretensorcs conterráneos,
que en Madrid después me han visto,
unos generosos deudos,
otros ilustres amigos,
intentan lícitos lazos
que pudieran haber sido
prisión de mi libertad
a no haberte conocido.
Obligásteme discreto,
vencísteme comedido,
amásteme recatado,
adeudásteme atrevido,
hasta usurpar mis deseos,
si bien hoy, Hernando, admiro
que méritos desquilates,
presuroso y mal sufrido.
Sentencia espero en favor,
que alentada de padrinos
y segura en mi derecho
con los jueces solicito.
Mi opositor receloso,
por los que le dan aviso
de la poca acción que tiene,
algunas veces me ha escrito
sobre conciertos que paran
en que dé la mano a un hijo
que afirma llegará presto

a esta corte; mas yo digo,
puesto que no le conozco,
que si pleitos dan maridos
de tan mal casamentero
poca paz me pronostico.
Salga yo con la sentencia
y entonces, español mío,
tendré caudal que te pague
empeños de amor tan fino;
Y entre tanto, vive cierto
que ni vuelve atrás el río
ni retroceden los cielos,
ni al viento es veleta el risco,
ni en mí, que los aventajo,
y a la eternidad dedico
trofeos de mi firmeza
mientras su constancia imito,
bronces, aceros, diamantes,
sol, esferas, tiempo, ríos,
roble, cedros, lauros, palmas,
muros, torres, peñas, riscos.
Mientras mi amor te fío,
tendrán valor constante igual al mío.

HERNANDO:

Si deseos dilatados
Hallan en ti tal alivio,
dulce empleo de mis ojos,
poco tiempo he padecido.
Más valen las esperanzas
que en ti logro, los suspiros
que en ti alegre, las sospechas
que en ti aseguradas miro,
que las posesiones de otros.
Liberal premias servicios,
piadosa remedia penas,
pródiga haces beneficios.
Injustas mis quejas fueron;
perdón humilde te pido.
Jacob soy; mi Raquel eres;
su amor y paciencia imito.
No trocaré desde hoy mas
estos jardines elíseos,
estos dichosos burieles,
estas fuentes y este sitio,
por la silla del imperio,
por los tesoros del indio,
por los brocados del persa,
por las púrpuras del tirio.
Jardinero soy de Amor;
mis esperanzas cultivo;
mientras que méritos siembro,
galardones pronostico.
Vén, y haréte un ramillete
de matices, que distintos,
te interpreten mis afetos;
que flores tal vez son libros.
¿Me perdonas?

LAURA:

Amorosa.

HERNANDO: ¿Me quieres?
 LAURA: Como al más digno.
 HERNANDO: ¿Me pagas?
 LAURA: Castos deseos.
 HERNANDO: ¿Me llamas?
 LAURA: Amante mío.

Vanse. Salen PETRONILA, en jubón, con una daga en la mano, corriendo tras TOMASA

PETRONILA: ¿Vive Dios, que he de matarte!
 ¿Hay igual atrevimiento?
 Dormido yo en mi aposento,
 ¿Osas A tal Hora entrarte?
 Ladron eres. Tú intentabas
 robarme..

TOMASA: Lo que no hallé.
 Téngase vuesamercé.
 Meta allá la daga.

PETRONILA: Acabas
 de descalzarme las botas,
 y mandándote cerrar
 las puertas, porque a acostar
 Te vayas, ¿nos alborotas
 asaltándome dormido?
 Traidor, ¿qué es de la maleta?
 No es eso lo que me inquieta.
 Téngase. ¿Nunca ha leído
 del conde Partinuplés,
 cuando estaba de Amor preso...?

PETRONILA: Pues, ¿qué tiene que ver eso?
 TOMASA: Oiga, y sabrálo después.
 Enamorábale a oscuras
 una princesa o infanta
 de aquéllas que el arte encanta
 y buscan las aventuras.
 Dábale invisiblemente
 de comer y de cenar.
 De noche se iba a acostar
 con él --¡mire qué insolente!--
 Avisándole del daño
 y peligro que corría,
 si conocerla quería
 hasta que pasase el año.
 El pobre conde que a tiento
 gozaba oscuros despojos
 [-ojos],
 quiso, contra el mandamiento
 de no verás, informarse
 si era la dicha persona
 arrugada setentona
 que intentaba, con taparse,
 pasar plaza de doncella.
 Que se durmiese aguardó,
 y una linterna buscó
 encendida, para vella;

y cuando ya satisfecho
estaba de su cautela
el conde, lloró la vela,
y pringóla medio pecho,
cayendo dos o tres gotas
que a la dama despertaron
que es lo mismo que causaron
en mí esta noche tus botas.

Deseos de conocer
lo que eras y agora he visto
para servirte más listo,
me animaron a emprender
la que ves, nocturna hazaña.

PETRONILA: Pues ¿qué has visto tú, traidor,
en mí?

TOMASA:

A Venus y al Amor,
que en un cuerpo nos engaña.
Sosiégate, así los cielos
lo que buscas te deparen;
que no ignoro yo que paren
estos disfraces los celos.

Mandásteme descalzarte
la diestra bota tiré,
y en viendo el meñique pie
con la media, dije aparte:

"¡Oh pie digno de un chapín,
que por lo corto das cinco
mejor fueras para brinco
de un letrado camarín!

¡Válgame el cielo! ¿Que esté
en tan chico pedestal
todo un cuerpo? No hará mal
de aqueste pie un puntapié.

Comprárale yo, a ser Fúcar;
celebrárale poeta."

Quitó escarpín y calceta,
y vi un juguete de azúcar,
una manteca soriana,
un bollo de manjar blanco,
y dije: "¡Oh, quién fuera banco
de tal pie cada mañana!"

Tan igual, tan ampollado,
tau tierno, con tanto aliño,
tan melindroso, tan niño,
y en fin, tan desjuanetado,
que imprimiendo su retrato
en el alma mi afición,
se calzó mi corazón,
como si fuera zapato.

"¡Vive Dios!" dije entre mí
pie adarme, que os han criado
más para alfombra y estrado
que para que andéis así.

Sospechas hembras, dudar
en esto, será mentir.
Mejor sois para parir,
pie, que para engendrar."

Vuelvo la vista al jubón
y vi un par de burujones
en forma de naterones
jubilados del cartón.

Miro el cabello al instante,
y advierto que contra el uso,
el artificio le puso
atrás, naciendo adelante,
y dije, aunque soy bisoño:
"Femenina caballera,
moños tapan la mollera;
pero en cogotes no hay modo.

De vuestro traje y de vos,
o sueño o he colegido,
vos mujer y hombre el vestido,
que seréis común de dos."

No quisiste desnudarte
en mi presencia; la puerta
me hiciste cerrar, más cierta
ocasión de maliciarte,

que me llevase la llave
y la vela me advertiste;
salí entre confuso y triste
y mi inquietud que no sabe
sino allanar trampantojos,

aguardándote adormida,
entró, una vela encendida,
e, inquisidores los ojos,
vi lo que el Partinuplés
en la infanta Perdigada.

La cera, de enamorada,
se derritió; y ya tú ves
si llorando sobre ti,
te había de despertar.

Voces empezaste a dar;
soplé la luz, y salí

al patio, donde procuras
castigarme por curioso.

Yo pequé de malicioso;
pero si no te aseguras,

porque conozco lo que eres,
estálo de mi lealtad;
que si va a decir verdad,
para ser las dos mujeres

--repara en lo despoblado
falta tan poco, te doy
mi fe, que si no lo soy
lo más de ello tengo andado;
porque de suerte negocia
lo tiple en mí --verdad digo--
que estoy, con estar contigo,
en Madrid y en Capadocia.

PETRONILA:

En Madrid no lo estarás,
bárbaro, descomedido,
ya que loco y atrevido
fuiste hoy, aquí morirás.
Sal de la corte al momento.

TOMASA: ¿No es mejor, si has de fiarte
de alguno...?

PETRONILA: ¡Oh villano! Parte.

TOMASA: ¿En qué, si vendí el jumento?
Verás, si de mí te encargas...

PETRONILA: ¿Que la muerte no te doy?

TOMASA: Pues, a fe que si me voy,
que se ha de acordar de Vargas.
 ¿Mas que ha de soñr mi nombre?

PETRONILA: ¡Oh infame!

TOMASA: Daré noticia,
pues que me echa, a la justicia,
que hay mujer vestida de hombre
 en esta posada. Adiós.

PETRONILA: Espera. ¡Ay cielos!

TOMASA: No quiero.

PETRONILA: Mataréte.

TOMASA: Pues ya espero.
No me haga mal; que los dos
 acompañados podremos
hacer nuestro hecho más bien.
Yo soy capón muy de bien.
Al capitán buscaremos
 que a mi hermana me llevó,
y si su historia me cuenta,
y algún hombre la hizo afrenta,
fiese de mí que yo
 la sacaré a paz y a salvo.
¡Ea! ¿Quiéreme perdonar?

PETRONILA: No sé.

TOMASA: Me atrevo a engañar
a un corcovado y a un calvo.

PETRONILA: ¿Qué he de hacer? ¿Me guardarás
lealtad y secreto?

TOMASA: ¡Dalle!
¿Eso me ha de decir? Calle.
Chitón eterno. No hay más.
 Haga cuenta que en la hucha
echa lo que me dijere
y mientras que no me rompiere,
ni esto saldrá.

PETRONILA: Pues escucha:

 Aquella ciudad que el Bétis
pasea, sirve y conquista,
incansable enamorado,
porque en su espejo la mira,
y en fe de que es dama al uso
con ella prodigaliza
los tesoros que le pechan
Paladiones de las Indias,
es, Vargas, mi ilustre patria,
y en ella bien conocida
la nobleza generosa
que dio nombre a mi familia.
A los pechos de mi madre
me dejaron las desdichas

de una juventud traviesa
que heredé; por ser su hija,
Ausentándole una muerte,
si ocasionada, atrevida,
a aquel orbe todo de oro,
hoy español, antes inga.
Crióme el cuerdo recato
de una madre medio rica,
que lloraba, aunque casada,
soledades como viuda,
cuidadosa centinela
en mis acciones y vista,
principalmente en saliendo
de los límites de niña.
Veinte años contaba alegre
mi edad, aunque recogida,
licenciosa por la patria
--si es bien que culpe su clima--
cuando llegó a casa huésped
un deudo que llamó prima
a mi madre, y la obligó
a regalos y caricias.
De Málaga le trujeron
ocasiones que en Sevilla
le detuvieron un mes
para mí, Vargas, un día.
En todo él no permitió
la prudencia prevenida
de mi madre, que me viese
por no ocasionar malicias;
pues si bien ella a su mesa,
las cenas y las comidas
se hallaba encerrada yo,
ocasiones desmentía.
La privación es deseo;
el deseo solicita
la voluntad, y esta crece
al paso que la limitan.
Contábanme mis criadas
la apacible gallardía
de don Hernando Cortés,
así el huésped se apellida,
y como antojos mujeres
son como el fuego en la mina
que violentado revienta,
aunque libre se amortigua;
curiosidades doncellas
acecharon atrevidas
privaciones que las noches
usurpaban a los días.
Las junturas cohecharon
de una puerta ojos espías
por donde dieron al alma
pesadumbres en albricias
del deleite de su objeto,
porque en él vieron en cifre
cuantas gracias en Adónis

fabulosas plumas pintan.
Venus yo, si antes Diana,
resplandores maldecía
de la aurora, porque al sol
envidiosa daba prisa.
Desvelando pensamientos
las noches, por celosías,
que en la puerta coadjutoras
ventanas sustituían,
contemplé diversas veces
venenosa bazaría,
Tisbe ya, por agujeros
mirando y no siendo vista;
hasta que una a su criado
escuché que le decía,
mientras que le desnudaba,
Estas razones: "Mansilla,
pues se casa doña Inés
y el oro de don García
rinda un alma interesable
que se llamaba antes mía,
no más Málaga, no más
ciudad, si patria, enemiga
donde en ferias de mudanzas
cobra el interés partidas.
Málaga que en mal comienza,
los que lloro pronostica
dorados gustos vencieron
Amor, si ya él es alquimia.
Cátese Inés con doblones,
que suelen doblar desdichas
y obligaciones desprecie
más seguras por sencillas.
Memorias anega el mar,
la ausencia agravios olvida,
la guerra divierte celos,
Italia hazañas alista,
el rey despierta leones
que a las voces de la envidia
la ingratitud piamentosa
para daño suyo incita.
Partirme quiero mañana.
Plumas que Amor afemina
adornan galas de Marte
y fieles a su rey sirvan."
Alentábale el criado,
y yo que amorosa oía
con gusto el que no le amasen
con pesares su partida,
si le juzgaba primero
por Adónis, ya la envidia
por sol me le retrataba.
¡Qué extrañamente apadrinan
los celos, Vargas, las partes
de la prenda que querida,
cuando se contempla ajena,
al deseo añade estima!

Fuíme a dormir; pero en vano
pues lloré recién nacidas
esperanzas, que la muerte
se causaban a sí mismas.
Determinéme, en efeto,
manifestar escondidas
brasas, de quien la vergüenza
y el temor fueron ceniza.
La siguiente oscuridad
aguardaba que propicia
limitase luz a Febo
y a mi amor diese osadía,
cuando le traen un papel
a mi madre, donde escrita
la sentencia de mi muerte
dio don Hernando en su firma.
Disculpábase, ya ausente,
de que ocasiones precisas,
en su honor interesadas,
le ausentaban de Sevilla
sin permitirle siquiera
pagar a la cortesía
deudas de hospicio y regalo,
para mi disculpas tibias;
que a la guerra del Piamonte
le llevaban bien nacidas
esperanzas y lealtades
que hazañosas se autorizan;
que le encomendase a Dios
porque si le daba dicha,
pensaba pagarla yerno
mercedes que le hizo prima.
Yo triste, ausente y celosa,
poco amé pues quedé viva,
ya mártir de sus tormentos,
puesto que en ellos novicia.
Un año de soledades
y mil de melancolías,
cuanto menos publicadas
más crüeles escondidas,
pasé, si bien alentando
esperanzas en reliquias
conservadas con dos pliegos
de Génova y Lombardia
que a mi madre encaminó,
hasta que tuvo noticia
por otro, que ya en la corte
la cruz roja daba estima
a su pecho y sus hazañas;
y que si, cual pretendía,
fuese el hábito encomienda,
a obligaciones antiguas
grato y noble, procuraba
con su licencia lucirla,
añadiendo afinidades
a las deudas consanguíneas,
esperanzas revivieron

en mí, y en ella alegrías,
de saber que caudaloso
estaba mi padre en Lima
reduciendo hacienda a barras
con que casándome rica,
la cruz nueva autorizase
el monarca de las minas.
Mézcíanse lanas diversas
en el telar de la vida,
unas de color alegre,
otras que tristes lastiman.
Siempre el contento es pechero
del pesar. Oye y admira
de esta verdad ejemplares,
Vargas, en la historia mía.
En prosperidad como ésta,
llegó aquel infausto día
en que las olas del Bétis,
desde el diluvio homicidas,
cansadas del largo cerco
que ha tantos siglos que sitia
nuestra metrópoli hispana,
asestando baterías,
ya de las pródigas nubes,
ya del mar en aguas vivas,
ya de renteros arroyos
que pechan siempre a sus ninfas,
cañoneando de noche
las celestes culebrinas
que rayos en vez de balas
partos abortos fulminan,
al son de atambores truenos
puertas y muros derriban,
calles y plazas pasean,
casas y templos registran,
y dando a sacorriquezas,
huye la plebe dormida,
clausuras vírgenes quiebran,
montes de casas conquistan.
Brazos de mar son las calles,
al Bermejo parecidas,
pues para ahogar Faraones
de endurecida malicia,
no ya vara de piedad,
la vara sí de justicia
levanta Moisés airado
que en mansiones las divide.
Al mar restituye el Bétis
los bienes y hacienda misma
que en veces por tantos años
nos feriaba de las Indias;
y ya enemigo, si amante,
severos reyes imita,
que lo que dan poco a poco
por junto al privado quitan.
No quiero contar tragedias
con vislumbres de infinitas

cuando ni plumas se atreven
ni moldes a referirlas.
Las de mi casa no más
será fuerza que te diga
como ocasión lastimosa
de mis presentes fatigas.
En la mitad del silencio
el cuarto donde dormía
mi inocente y cara madre,
le arroja el diluvio encima.
Sepultada antes que muerta,
el llanto, alboroto y grita
de domésticos y extraños
con clamores solemnizan
las obsequias funerales
de tanta plebe y familia,
dejando historias al tiempo,
Troya de agua ya Sevilla.
Yo turbaba si ignorante,
y si dudosa, advertida
del daño que todos temen,
bien triste, aunque mal vestida,
a la más alta azotea
subo y aguardando arriba
al sol que salió enlutado
por los destrozos que admire,
me pasaron, por más fuerte,
a la casa que vecina
comunicaba terrados
de donde vi que enemigas
las nubes, la tierra, el agua,
en un instante me privan
de madre, casa y hacienda,
y--¡ojalá que de la vida!
No encarezco sentimientos
que es justo que los colijas
de quien a deudas de sangre
libraba obediencias de hija.
Pasóse la tempestad
al cabo de largos días.
Halléme huérfana y pobre
y si los males alivian
ajenos, yo te prometo
que hallara en otras desdichas
consuelos con que olvidar
las que propias me lastiman;
porque muchos que el día antes
con los Cresos competían,
el siguiente mendigaban
puerta a huerta su comida.
Yo, en fin, amante aunque pobre,
que el firme amor no pelagra
como el falso en las desgracias,
antes gigante se anima,
en busca de don Hernando
del modo que ves vestida
vengo a probar lo que valen

palabras que ya son ditas.
 Sé que asiste aquí, no dónde;
 mas ya por tí conocida,
 de tu lealtad contada,
 quiero ver cómo averiguan
 tu diligencia y mi amor
 promesas que antes, escritas,
 me causan recelos pobre
 si me aseguraban rica.
 Éste es, Vargas, mi suceso;
 si de mí y de él te lastimas,
 ya suelen fidelidades
 hallar el premio en sí mismas.

TOMASA: Yo te prometo, señora,
 que no he llorado en mi vida
 otro tanto, aunque he escuchado
 sermones de disciplina;
 pero porque estés más cierta
 del secreto que me fías,
 pues tu historia me contaste,
 escucha también la mía.
 En Yepes, emulación
 de Ocaña, una y otra villa
 donde muere el vino moro,
 porque allá no le bautizan,
 me criaron...

Ruido dentro

PETRONILA: mas ¿qué es esto?
 Huéspedes nuevos.

Hablan dentro el CONDE Galeazo, ROBERTO, MARCOS y PABLO

MARCOS: Avisa
 la patrona, Pablos, que eche
 lana blanda y ropa limpia.
 PABLO: Llevarémos al mesón
 las mulas.
 ROBERTO: Si está dormida,
 por ser tarde, la hostelera,
 mal almuerzo se me aliña.
 MARCOS: No hay sueño donde hay dinero
 advenedizo.

Salen el CONDE, ROBERTO, MARCOS y PABLO, de camino

CONDE: ¡Hola! Quita
 esas maletas, Roberto.
 ¿Qué hora es?
 ROBERTO: Dice la risa
 del alba que son las cuatro.
 CONDE: Fue la jornada prolija;

no me espanto.
 MARCOS: Madalena,
 criados, Pedro, Cristina,
 bajen a alumbrar al conde.

A TOMASA

PETRONILA: ¡Conde, Vargas!

A ellos

Vueseñoría,
 mil veces bien llegado.
 CONDE: Oh hidalgo, para que os sirva,
 ¿sois de casa?
 PETRONILA: Huésped soy.
 CONDE: Vuestra presencia autoriza
 la opinión de la posada.
 PAULO: ¿No hay velas?

Una voz dentro

VOZ: Suban arriba;
 que velas habrá y velones.

A los mozos

ROBERTO: Alto, pues.
 MARCOS: Con menos prisa.
 CONDE: Subo con vuestra licencia.
 PETRONILA: Démela vueseñoría
 para que vaya...
 CONDE: Eso no.
 PETRONILA: Señor...
 CONDE: No, por vida mía.
 PETRONILA: Désela Dios muchos años.
 (¡Bravo talle!)

Aparte

Aparte a doña PETRONILA

TOMASA: Huele y brilla.

**Vanse el CONDE, MARCOS y PABLO. TOMASA habla con
 ROBERTO**

TOMASA: Hidalgo, ¿conde? ¿Y de qué?
 ROBERTO: Conde, y de Italia.
 TOMASA: ¿Y camina...?
 ROBERTO: Aquí no más.
 TOMASA: ¿Y se llama...?

ROBERTO: Galeazo.

TOMASA: ¿Y a qué, diga,
viene a Madrid?

ROBERTO: A casarse.

TOMASA: ¡Zape!

PETRONILA: Alto de aquí, Varguillas.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

*Salen doña PETRONILA y TOMASA, de
hombres*

PETRONILA: Por muerta, Vargas, me cuenta.
No tengo seso, no estoy
en mí.

TOMASA: ¿Qué has visto?

PETRONILA: Vi hoy
otra segunda tormenta
mayor que la de Sevilla.

TOMASA: ¿Mayor?

PETRONILA: Para mis desvelos,
porque es tormenta de celos.

TOMASA: No se usan en esta villa.

PETRONILA: Todo lo que no es dinero
en la corte, no es amor.

TOMASA: Vargas, de tu buen humor,
más penas sacar espero
que alivios. Déjame agora.

PETRONILA: Pues ¿qué has visto?

TOMASA: ¡Ay cielos! Vi
lo que dudosa temí,
lo que mi desdicha llora.

PETRONILA: Llevóme el conde consigo
a esa huerta, infierno ya,
a quien Juan Fernández da
nombre y fama. Yo te digo
que aunque al principio su vista
mis sentidos recreó,
porque en ella se cifró
Chipre, en que Venus asista,
después que hallé entre sus flores
un áspid que disfrazado
ponzoña a mi pecho ha dado
y aumentos a mis temores,
Volcanes son sus planteles,
incendios sus fuentes son,
tormentos su recreación,
penas su rosa y claveles.

TOMASA: ¡Ay, Vargas! Quien las cultiva
es don Hernando Cortés.
¡Jesús! ¿Qué dices? No des
crédito a engaños.

PETRONILA: Ni viva
quien para desdichas nace.

Conocile jardinero;
que con el traje grosero
le manda Amor que disfrace
el fuego de mis querellas.
¿Quién creará--;ay fieros rigores!--
que llamas cultiven flores
y que estén verdes con ellas?
Rogóme el conde que fuese
con él, y sin declararse,
quiso primero informarse,
antes que quién es supiese,
de la belleza de Laura
con quien amante pleitea
y si el pincel de su idea
en su original restaura
la hermosura que usurpó
lisonjas a los colores;
porque en cohechos pintores
siempre el interés mintió.
Vióla en el dicho jardín,
que entre unos cuadros, abeja,
agravia flores que deja
y obliga las de un jazmín
a que fundamento den
a un ramillete que aliña,
porque un hilo juntos ciña
celos, amor y desdén.
Estaba de jardinero
mi don Hernando Cortés
--mío no, que de Laura es--
y aunque en disfraz tan grosero,
le conocieron mis males;
que aunque le vi de aquel modo,
Amor, espíritu todo,
penetra hasta los sayales.
Escogíala las flores
que su amor le aconsejaba.
Las amorosas le daba
para obligarla a favores;
las azules le escondía
por no ocasionar desvelos;
y si flores tienen celos,
yo, su amante ¿qué tendría?
Con doméstica llaneza
vi que Laura le trataba,
cuando las flores le daba;
y Amor, todo sutileza,
todo industria, todo enredos,
terceras guiso obligarlas
ella risueña al tomarlas
y él lisonjero en los dedos.
Que la debió de cohechar
si la adora, ¿qué lo dudo,
pues cuando Amor está mudo
por los dedos suele hablar?
Preguntó el conde quién era
--mientras yo me atormentaba--

la dama que se humanaba
de aquel jardín primavera.

"La condesa de Valencia
del Po," le respondió un paje,
"Que en Milán con su linaje
pleitea sobre su herencia."

No se atrevió a descubrirse,
puesto que si a enamorarse,
que Amor que sabe arriesgarse
es cobarde al resistirse.

Juzgó en ella de los cielos
un sol que le deslumbró.
¿Qué juzgara, Vargas, yo
que la miraba con celos?

Volvímonos, él perdido
de amor, y yo rematada;
él sin alma allá usurpada,
yo allá y aquí sin sentido.

Hame cobrado amistad
de suerte, que no permite
que de su lado me quite;
ni yo tengo voluntad
de perder su compañía,
porque siempre amigos son
los que de una profesión
llama el sabio *simpatía*.

Amamos en un lugar
y una misma competencia
nos iguala en la experiencia
del querer y el envidiar.

Impórtame que le asista,
pues si Laura, cual sospecho,
tiene a mi amante en su pecho
y él no la pierde de vista,

El conde y yo, que nos vemos
parientes en los cuidados,
amantes y desdeñados,
mejor nos consolaremos.

TOMASA:

Pues no te aflijas así.
¡Cuerpo de tal! Ten valor
que sin competencia Amor,
él mismo se apaga en sí.

Si nunca te vio tu amante,
si lo que le amas ignora,
y vienes a hallarle agora
con desvelo semejante,

ensayándose a quererte
en ajena voluntad
porque le halle tu lealtad
diestro, cuando llegue a verte,

¿qué temas? ¿O qué querías?
¿Que ya en Madrid, cortesano
su amor, mano sobre mano,
gastase ocioso los días?

Déle al gusto puerta franca;
quiera bien, que eso me alegra;
ensaye en la espada negra

tretas que logre en la blanca;
 que pues el conde te cobra
 voluntad, y aquí ha venido
 a título de marido
 de Laura, bástate y sobra
 que al principio del camino
 vida a tu esperanza des.
 ¿No somos tres? Pues los tres
 serémos tres al mohíno.

Calla, y animosa alienta
 el fin de tu pretensión.

PETRONILA:

El conde es éste.

TOMASA:

Chitón,
 y corra esto por mi cuenta.

Sale el CONDE

CONDE:

Don Gómez, yo te he elegido
 por amigo verdadero,
 y en fe de serlo, no quiero
 que tenga el pecho escondido
 secreto para ocultarte.
 Ya dije ayer la ocasión
 de que en esta confusión
 siga a Amor y olvide a Marte;
 que mi padre aquí me envía
 para que pleitos cansados
 truequen derechos letrados
 en amor; que es prima mía
 Laura, y que intente con ella,
 casándome, asegurar
 lo que ya dudo alcanzar,
 por los que vuelven por ella.

Mal su justicia asegura
 quien en sus pleitos ignora
 que mujer competidora
 se ampara de su hermosura;
 porque si en mí verlo quieres,
 más efeto he visto hacer
 de su cara el parecer
 que mil sabios pareceres.

Llora, encarece e intima;
 halla en tribunales gracia;
 la belleza es eficacia
 que enamorando lastima;
 y, en fin, como nacen de ellas,
 los jueces templan cuidados;
 que no hay tales abogados
 como son lágrimas bellas.

Laura en la corte amparada,
 por huérfana socorrida,
 por hermosa pretendida,
 por discreta celebrada,
 casi espera en su favor
 la sentencia contra mí.
 Pues ¿para qué vine aquí,

don Gómez, si su rigor
 dos veces me ha de querer
 mal? ¿Por pobre y por contrario?
 La soberbia es de ordinario
 con riqueza en la mujer.

Volverme quiero sin verla
 o, a lo menos, sin hablarla;
 que en vano pretendo amarla
 si no espero poseerla.

Hacienda en Italia heredo
 cuando me quiten su estado
 si no igual a un potentado,
 a lo menos con que puedo
 vivir, sin necesitar
 de parientes caudalosos
 que, vengando aquí envidiosos,
 duplicaré mi pesar.

Vénte, don Gómez, conmigo
 a Italia, y verás en ella
 la provincia que mas bella
 honra a Europa. Por amigo
 te tengo; si obligaciones
 no te empeñan, sal de España.
 Confiado me acompaña
 de que en todas ocasiones,
 como si fueras mi hermano,
 en fe de nuestra amistad,
 entrarás en la mitad
 de mi hacienda.

PETRONILA:

Fuera en vano
 satisfacer las mercedes
 que me obligan tu deudor
 con palabras, si es mejor
 el silencio. Desde hoy puedes
 hacer experiencia en mí
 de obligaciones de esclavo;
 pero ni tu intento alabo,
 ni te has de ausentar de aquí.

Prueba tu dicha primero,
 informa de tu justicia;
 que ni pasión ni malicia
 en los jueces considero
 de esta corte. ¿Qué escarmientos
 tu derecho han desmayado?

TOMASA:

Muera, pues pierde su estado
 con todos sus sacramentos
 --¡pesia a tal!--vueseñoría.
 ¿Qué mal nos ha de venir
 mayor, señor, que salir
 vencidos a sangre fría?

Ame, informe, solicite,
 y venga lo que viniere.

CONDE:

Quien mal en Madrid me quiere,
 que esté en él no me permite.

Asiste el marqués Octavio
 en esta corte, enemigo
 de mi padre, que en castigo

años ha de cierto agravio,
 mató al suyo, y le quitó
 los estados que tenía.
 El marqués, que pretendía
 vengarse, aunque lo intentó,
 no pudo, desamparado
 de amigos y de caudal;
 y viéndose desigual,
 de su patria desterrado,
 en esta corte pretende
 casar con Laura; y si sabe
 que aquí estoy, querrá que acabe
 el hijo de quien le ofende,
 y a ser su competidor
 viene agora. No me ha visto
 jamás; pero si aquí asisto
 y publicando mi amor
 a Laura, quién soy declaro,
 por fuerza he de despertar
 venganzas que ha de intentar
 como pudiere.

PETRONILA: Eso es claro.

CONDE: Pues arriesgarme a perder
 adonde ganar no puedo
 no es cordura. Si aquí quedo,
 por fuerza tengo de ver
 sentencias que me den penas,
 celos de competidores,
 y desdenes vencedores
 de quien oye norabuenas
 ya del pretendido estado.
 Don Gómez, no hay tal remedio
 como poner tierra en medio.
 Yo estoy ya determinado.
 Sígueme, y fía de mí
 cuanto agora te he ofrecido.

PETRONILA: Yo soy tan agradecido....

Vargas, déjanos aquí.

TOMASA: Déjote; allá dentro espero.

Vase TOMASA

PETRONILA: Que os he, Conde, de pagar
 el darme tanto lugar
 en vuestras cosas, primero
 que nuestra corte dejéis.

CONDE: ¿De qué suerte?

PETRONILA: Oídmé agora.

Laura, aunque os vea, ¿no ignora
 quién sois, puesto que aquí estáis?

CONDE: Sí, don Gómez; que en Milán
 desde niña se crió,
 y yo en Valencia del Po,
 cuyo derecho le dan.

PETRONILA: Del mismo modo, ese Octavio,
 por vuestro padre ofendido,

¿no os conoce?
CONDE: En eso he sido
venturoso.
PETRONILA: Un medio sabio,
siendo eso así, os asegura
el pleito desesperado
que amenaza vuestro estado.
Si en manos de la ventura
y mías dejáis ponerlos,
no hay aquí que recelar.
CONDE: Ya vuelve a resucitar
mi esperanza sólo en veros;
que no sé qué inclinación
oculta me pronostica
dichas que me certifica
vuestra mucha discreción.
Desde que os vi, os quiero bien.
PETRONILA: Pues Laura, conde, se emplea
en amarme, y no desea
sino que en su favor den
esta sentencia enfadosa
para atropellar amantes
en su pleito negociantes
y darme mano de esposa.

CONDE: ¿Qué decís?
PETRONILA: Por orden suya
estoy en Madrid cual veis.
Como secreto guardéis,
yo haré que esto se concluya
a vuestra satisfacción.
CONDE: ¿Que por orden suya estáis
aquí?
PETRONILA: ¿Pues eso dudáis?
CONDE: De vuestra disposición
y talle no es maravilla
que Laura esté aficionada.
PETRONILA: Al cabo de su jornada,
hizo noche en esa villa,
que siendo española Atenas,
al Henares nombre da.
Cursaba yo en Alcalá,
más sus riberas amenas
que sus escuelas famosas.
Vi, la noche que llegó,
un Alba que se apeó
entre jazmines y rosas,
de una litera, al ocaso
del más nombrado mesón.
Mi estudiosa profesión
le salió cortés al paso.
Acompañéla a una sala
con otros que de mi edad
honraban mi facultad.
Iba vestido de gala;
supe quién era, a qué iba

a la corte; regaléla,
y tomando una vihuela,
ya mi libertad cautiva,
la entretuve hasta cenar.
Convidóme, y acepté;
que estudiantes, ya se ve
que no se hacen de rogar.
Despedíme ya bien tarde
y ella, toda cortesía,
mientras que me agradecía
cumplimientos hizo alarde
de vislumbres de afición.
Madrugué por la mañana,
no el alma de todo sana,
y, en fin, hasta Torrejón
que quiso o no fui con ella
en un caballo prestado.
Dióme la litera lado
y hallé, caminando, en ella
agradados sobre que hacer
amorosos edificios;
que amor empieza en indicios
fáciles de conocer.
Despedíme allí, y tornéme,
echando a la vuelta menos
el alma, los ojos llenos
de sentimiento. No teme
el Amor que es estudiante.
Como sin alma quedé,
cartapacios arrimé,
graduándome de amante.
Vine a Madrid, visitéla
en la huerta donde vive;
y amor, que alegre recibe
el huésped que le desvela,
me ofreció apacible entrada.
Dijela mi calidad,
ponderé mi voluntad
a servirla dedicada.
Mostró severo el semblante,
reprendióme rigurosa
y alterada--común cosa
en todo amor principiante--
fuése fulminando enojos;
puesto que aunque se ofendía,
lo que la lengua decía,
iban negando los ojos.
Escribíla de Alcalá;
no me quiso responder;
volvía otra vez a ver
y más apacible ya,
me permitió visitarla
como mis atrevimientos
no explicasen pensamientos.
Prometí de no enojarla
y callé; que en la más casta
--como es la experiencia juez--

si ha de querer, una vez
que amor se lo diga hasta.
De Alcalá a Madrid partidas
y vueltas daban alientos
a amor; que como los cientos,
todo es idas y venidas;
pero nunca la decía
cosa que en mi amor tocase,
con que, aunque disimulase,
sentí yo que lo sentía;
hasta que una vez pedí
licencia para partirme
a Jaen, por escribirme
mi padre esperarme allí
mil de renta, y una dama
para esposa. ¡Aquí fue Troya!
Que amor que el secreto apoya
con celos revienta en llama.
No pudo disimular.
Llenóme de descortés,
aleve, ingrato; y después
de media hora de llorar,
me amenazó, si la mano
a otra que Laura no fuese
daba, que me apercibiese
a que la de algún villano
me había de quitar la vida.
Con esto, y asegurarla
que no más que por probarla,
fingí mi falsa partida,
quedé en su gracia de suerte
que, amado y favorecido,
al punto que haya salido
en favor suyo la suerte
de la sentencia que espera,
nos hemos de desposar
y por Italia trocar
patria y profesión primera.
Mándame andar recatado
porque ocasiones desmienta
de quien, amándola, intenta
gozar en dote su estado.
Llegué, como suelo, ayer
a verla, y mudé posada
por temer que en la pasada
han alcanzado a saber
algo de lo que pretendo.
Apeásteos en ella
y quiso mi buena estrella
que vuestros méritos viendo
y la merced que me hacéis,
amigo y no opositor,
apadriné vuestro amor.
Si celos de mí tenéis,
perdedlos; que yo os prometo,
a fe de hidalgo, de dar
trazas que os han de ablandar

a Laura, por mi respeto.

Y si con ella os desposo,
que sí haré --fiáos de mí--
veréis, conde, que hay aquí
español tan generoso

como el monarca que a Apeles
obligó, y más a la Fama,
que afirma le dio su dama
en premio de sus pinceles.

CONDE: Don Gómez, no quiera Dios
que os haga yo tal agravio;
no goce de Laura Octavio
y lográos con ella vos.

Vuestra gentileza es digna
de su discreta elección.
Pagad su justa afición
pues la suerte os es benigna.

PETRONILA: Conde, o los dos nos partamos
a Italia, o si sois mi amigo,
callad y haced lo que os digo
y pues ya comunicamos

las almas, sabed que aquí
tengo prenda a quien le debo
cierta obligación de nuevo
que imposibilita en mí

casarme con Laura.

CONDE: Elijo
lo que me ha de estar tan bien.
¿Que aquí tenéis dama?

PETRONILA: En quién
por lo menos tengo un hijo.

CONDE: ¡Jesus! ¿Tan niño?

PETRONILA: Ya están
examinados de padres
niños, por conocer madres
que fruto a los trece dan.

Como la vida es tan corta,
suple la naturaleza
defetos de su flaqueza,
y plazas el tiempo acorta.

Yo os he de casar en breve
con Laura.

CONDE: Mucho intentáis.
No podréis.

PETRONILA: Porque veáis
mi ingenio a lo que se atreve,
escuchad esto que trazo.
A Laura hemos de ir a ver
ahora, y ha de saber
que está el conde Galeazo
con ella y que no sois vos,
porque Octavio no os ofenda
cuando vengarse pretenda.

CONDE: Cosas proponéis, por Dios,
extrañas.

PETRONILA: Soy estudiante.

CONDE: ¿Quién ha de hacer a ese conde?
PETRONILA: En la posada se esconde.
CONDE: ¿Hay don Gómez semejante?
PETRONILA: No digáis a la condesa,
la vez que a hablarla lleguéis,
que de nuestro amor tenéis
noticia.
CONDE: Advertencia es ésa
excusada.
PETRONILA: Pues venid,
y echad a un lado recelos.
CONDE: ¡Ay, don Gómez de los cielos!
Dios te me trujo a Madrid.

**Vanse. Salen don HERNANDO, de villano, y
MANSILLA**

MANSILLA: Fui a Málaga a lo soldado,
con las galas que me diste,
a ver tu madre que, triste,
por muerto te había llorado.
Pasé por Yepes y Ocaña,
dos villas de donde el vino
hace perder el camino,
bodegas nobes de España.
Hice noche en una aldea
donde un mesón labrador
-que pudiera ser mejor--
me alojó a la chimenea
en un escaño del Cid.
Sobre cena me pregunta
la familia que allí junta
estaba, si iba a Madrid.
Dije que sí, y que de Italia
soldado viejo venía
a la corte y pretendía
una conduta. La algalia
que daba olor al vestido
--porque esto se le pegó
del ser tuyo-- me abonó,
y yo en él desvanecido
hazañas cuento sin cuento
que escuchaban abobados;
porque yo, a fuer de soldados
no vivo mientras no miento.
Díjeles, entre otras cosas,
que saliendo a pecorea
a la vista de una aldea
--que las de allí son famosas--
entré en una casería,
y hallando el horno encendido,
porque no fui recibido
con amor y cortesía
al huésped y a su mujer
metí dentro, donde asados,
vengaron a mis soldados,

y nos dieron de comer;
que saliendo al alboroto
los vecinos del lugar,
cuando me iba a acostar
hallé mi esquadron que roto
a huir echaba, y que yo
la cabeza derribé
al primero, y ésta fue
a dar a otra, y ésta dio
en otra, y fue de manera
la cabezada española,
que sin más golpe ella sola
derribó toda una hilera.
Creyeron esta aventura,
y otras, que es nunca acabar,
mas que cuando en el altar
las fiestas les echa el cura;
porque chanzas de habladores,
comedias de tramoyón,
ensalmos y coplas, son
evangelios labradores.
Estaba una villaneja
oyendo entre los demás,
tan carihermosa que atrás
las amarilis se deja.
Fuéronse a acostar al cabo
los viejos, y entre la loza
fregatizando la moza
con tal gracia --no la alabo
cual merece-- se quedó,
que si el sol verla pudiera,
para estropajo la diera
su dorado moño. Yo,
que la vi ensuciando espumas,
llego por detrás quedito
y el sombrero que me quito
la pongo con banda y plumas;
y ella entonces, no peñasco
pero algo requesón ya,
respondiéndome, "Arre allí"
en un espejo, ya casco,
se fue a mirar al candil
y arrimando la sartén,
dijo, "A ver si me está bien."
El dimuño que es sutil,
hizo entónces de las suyas.
Si Pedro yo de Urdemalas,
y como extranjeras galas
en bobas san aleluyas,
tanto pudieron con ella,
que a los ecos de un "Marido
tuyo soy" --hechizo ha sido
que encanta toda doncella--
siendo tálamo el escaño,
la chimenea madrina,
a vista de la cocina,
hubimos año, buen año.

Dueña, aunque no de su casa
la moza, y ya yo su dueño,
entró el sol antes que el sueño,
y caricuerda Tomasa,

--que este apellido la dan--
me conjuró que cumpliera
mi promesa y que volviese,
en saliendo capitán,
por ella; y a fe de hidalgo,
que he de hacerla mi mujer,
si bien esto no ha de ser
mieéntas capitán no salgo.

HERNANDO: Sí harás; que si yo, Mansilla,
esposo de Laura soy,
y dote honrado te doy,
tu palabra has de cumplilla.

MANSILLA: En fin, ¿llegaste a mi casa?
¿Ah! Sí. Olvidábame ya;
pero ¿qué mucho, si está
cosquillándome Tomasa?

Guardéte el mejor bocado
para la postre. Este pliego
te traigo, y en él te llevo
a dar plácemes de grado,
puesto que pesares tiene.
Siete mil de renta heredas
con que consolarte puedas.

HERNANDO: ¿Qué dices? Mas Laura viene.
Retírate.

MANSILLA: ¿Para qué,
si te has de partir al punto
y la hermana del difunto
te adora?

HERNANDO: Retíraté.

MANSILLA: ¿No sabe que soy tu paje?

HERNANDO: Sí; pero maliciarán
los que aquí vienen y van
si contigo en este traje
me ven hablar; y no quiero
dar ocasion a malicias.

MANSILLA: Pues prevénme las albricias
que cuando anochezca espero.

**Vase MANSILLA. Don HERNANDO lee la
carta**

HERNANDO: *"Llevó el cielo a vuestro primo Don
Jerónimo, con lastimoso sentimiento
de cuantos conocieron su agradable y
malograda juventud, sucediendo vos
en su mayorazgo, por cláusula que
excluye a las mujeres y llama al varón
más propincuo. Quisiera pagarle
el amor que me tuvo y consolar su
hermana, haciéndola esposa vuestra.
Su hermosura y mi gusto pienso que
os dispondrán a lo que os está tan*

bien. Ella y yo os esperamos; y cuanto
 más os detuviéredes, más sentiremos
 la falta suya y vuestra ausencia.
 El cielo os traiga con bien.
 Málaga, y abril 14 de 1626 años.
 --Vuestra madre, doña Ana de Zúñiga."

**Sale LAURA, acabando de leer otra
 carta**

LAURA: "El cielo os me deje ver... y os prospere
 muchos años. Vinaroz y marzo 29 de 1626.
 --El conde Pompeyo, vuestro tío."

¡Don Hernando!

HERNANDO: ¡Laura mía!

LAURA: ¿Jardinero y con papeles?

HERNANDO: El jardín, filosofía
 de Amor, en estos planteles
 me da lición cada día.

Letras estas flores son,
 donde mi asistencia alcanza
 paciencia en la dilación,
 en el temor esperanza,
 y paz en la confusión.

Este jardín es mi escuela
 donde cursando desvela
 el miedo imaginaciones;
 sus lazos son mis renglones,
 y en sus cláusulas revela

misterios mi amor. Sus hojas
 dan materia a mis cuidados,
 encendidos con las rojas,
 si moradas, aliviados,
 si leonadas son congojas.

Ya con las verdes espero;
 con las azules me abraso,
 con las amarillas muero,
 casto con las blancas paso
 y con las pardas me altero.

En las clicies me mejoro,
 con las venus me enamoro,
 presumo con los narcisos,
 y hallando en todas avisos,
 sufro, espero, temo y lloro.

LAURA: Voluntad contemplativa
 a sí misma se hará guerra.

Pero ¿cúya es la misiva?

HERNANDO: Carta es, Laura, de mi tierra,
 que quiere Amor que reciba

cuando vos del mismo modo
 leyendo salís, en muestra
 de que con vos me acomodo;
 pues siendo, en fin, [maestra,]
 manda que os imite en todo.

Pero en esa, prenda mía,

LAURA: De aquí, Hernando, por la cuenta
plácemes podré sacar,
que envidiosa os llegue a dar
de esta esposa y de esta renta.
Vuestra madre cuerda os llama;
ya os espera vuestra prima;
el mayorazgo es de estima,
y obligatoria la dama
por ser hermana del muerto,
madre la casamentera,
vos su deudo, y yo extranjera.
Aceptaréis el concierto.

HERNANDO: Gocéisos, señor, mil años.
Para matarme, uno sobra.
Poned vos, Laura, por obra
consejos, cuando no engaños
de Pompeyo vuestro tío,
pues ya vuestro primo viene;
que quien tal padrino tiene,
vencerá el derecho mío.
Pleitos que son embarazo
de la hacienda y la quietud,
atajarlos es virtud;
y más, siendo Galeazo,
mozo gallardo, leído,
ilustre, discreto, amante,
vos su sangre, yo ignorante,
desdichado y presumido;
que quien jardines cultiva
donde malogra sudores
en yerbas que aunque dan flores,
de fruto el tiempo las priva,
cuando en estéril tributo
pague desvelos de amor,
llorará esperanza, flor
que nunca llegó a dar fruto.
¡Qué mal el gozo se esconde
que el corazón manifiesta!

Sale un CRIADO

CRIADO: Galeazo Malatesta,
señora, a quien llama conde
la gente que le acompaña
entra a hablaros.

Vase el CRIADO

HERNANDO: Caminó
con alas que Amor le dio
y si vuela, no se engaña.
El mismo sería el correo
de esa carta precursora.
LAURA: Retírate, Herrando, agora;

que pues con celos te veo.
 Yo te confirmo en mi amante;
 que los comprara te juro
 por abonarte seguro,
 temerosa no há un instante.
 No receles, vuelve a verme;
 que yo le despediré
 brevemente.

HERNANDO: Pues ¿podré,
 hermosa Laura, atreverme
 a ausentarme, si experiencia
 tengo que ausencia y mujer...?
 LAURA: De un rato ¿qué hay que temer
 HERNANDO: Mucho; que, en fin, es ausencia.
 LAURA: Pues estáte aquí.
 HERNANDO: Sí haré;
 que hermosura combatida,
 a poca distancia olvida
 y apetece lo que ve.

***Salen TOMASA, de conde a lo gracioso, y como criados
 suyos, el CONDE y PETRONILA***

TOMASA: 'Selencia sea bien llegada.
 Mande cubrirse 'selencia;
 que ya milencia lo está.
 Echóme el conde a galeras,
 mi padre, porque llegase
 a casarme con la priesa
 que requiere esa hermosura,
 porque es muy linda 'selencia.
 De Génova me sacó
 la capitana o sargenta...
 ¿Fue sargenta o capitana?
 Hola, don Gómez, ¿cuál era?
 PETRONILA: Sosiéguese vuesiría;
 que esta turbado.
 TOMASA: Me prueba
 la tierra; pero ya caigo.
 Tengo la memoria tierna.
 Vine en una galeaza,
 que sería mi parienta
 por lo Galeazo, en fin,
 y pasando el golfo en ella,
 comimos muy mal bizcocho.
 Yo le prometo a 'selencia
 que en esto del bizcochar,
 son malas monjas galeras.
 Desembarqué en Vino-arroz.
 PETRONILA: Vinaroz se llama.
 TOMASA: Bestia,
 Vinaroz o Bindarraez,
 ¿qué importa mudar dos letras?
 Tomamos postas allí;
 que fue la invención más fiera.
 'Selencia ¿ha corrido postas?

**Hablan aparte el CONDE y doña
PETRONILA**

- CONDE: Don Gómez, ¿mas que nos echa
a perder este ignorante?
- PETRONILA: Dejalde decir simplezas;
que todo esto importa al caso.
vos veréis lo que aprovecha.
- LAURA: (¿Qué conde o qué bernardina **Aparte**
es éste? ¡Cielos!)
- HERNANDO: (Ya alegran **Aparte**
desmayos mis esperanzas,
casi con recelos muertas.
¡Discreto competidor
nos viene!)
- TOMASA: Cincuenta leguas
en tres dias y a la posta,
postillas aposta engendran
en las partes posteriores;
que unas con otras apuestan
a hacer pistos o ser pastas
según blandas se me apestan.
En fin, ambos acerillos,
si no papandujas, brevas,
anoche al cantar los gallos,
llegaron cual digan dueñas;
y yo con la intercesión
del buen tío de 'selencia,
que se embarcó en mi lugar,
y con cartas me encomienda
a 'selencia, madrugamos
esta tarde; y no viniera
en verdad hasta mañana,
a no soñar en 'selencia
porque ya las dichas postas
pienso que anuncian viruelas
y están malas hacia abajo
con llamarme Malatesta.
- LAURA: Hiciera vueseñoria
una cosa muy discreta
en tardarse allá dos años...
digo, dos días. (Me pega **Aparte**
el mal de sus necesidades,
y por necio, le hablo necia.
No sé lo que le responda.)
- TOMASA: Mis baules, que ya llegan,
a 'selencia le darán
dos celemines de perlas
medidas por estas manos.
- LAURA: La medida es como vuestra,
señor conde.
- TOMASA: Y pienso yo
que si se miran y piensan,
darán mucho que pensar
a pensamientos.

LAURA: (¡Qué bestia! **Aparte**
 ¡Piensos todo y celemines!
 Miren con quién me desea
 casar el conde mi tío!
 En verdad que salen ciertas
 las partes de que le abona,
 discreción, cara y presencia!
 Debió de ser ironía.)

TOMASA: Tráigola más una piedra,
 para todo mal de hijada.
 ¡Cosa admirable! 'Selencia
 ¿es tocada de este achaque?

***Hablan aparte el CONDE y doña
 PETRONILA***

CONDE: Don Gómez, vuestra condesa
 está con razón corrida;
 y puesto que os mira tierna,
 señal de lo bien que os quiere,
 siento mucho el ofenderla.
 Saquemos de aquí este loco.

PETRONILA: Callad, conde, y no os dé pena.

A don HERNANDO

TOMASA: ¿Sois vos el que legumbriza
 lo crítico de esta huerta?

HERNANDO: Yo su jardinero soy.

TOMASA: ¿Hay noria?

HERNANDO: Sin macho en ella;
 mas ya no nos hace falta.

TOMASA: Pues mirad. Aunque más vueltas
 deis al rededor vos y él,
 sabed que tengo experiencia;
 que es necedad, porque saca
 agua que para otros riega
 y él, a oscuras y sediento,
 acaba donde comienza.
 No seáis macho, no seáis macho.
 Cogedme unas berengenas
 que en Italia no se comen,
 y vengo muerto por ellas.
 Daréiselas a este paje.

***Señalando a doña
 PETRONILA***

Miralde bien, y haced cuenta
 Que es mi paje, y que mi paje
 Basta que mi paje sea.

LAURA: (Este hombre es loco, señores.) **Aparte**

Sale MANSILLA

MANSILLA: El marqués Octavio espera
que vueexcelencia le dé
lugar para entrar a verla.
TOMASA: (¡Ah, traidor! Ya te cogí.)

Aparte

A MANSILLA

Esperáos; hola. ¿'Selencia
tiene este hombre en su servicio?
LAURA: A casa acude.
TOMASA: Pues venga
muchas veces a la mía.
Tomad aquesta cadena;

Dásela

MANSILLA: que os la doy porque sois cosa
de 'selencia la condesa.
Y déme a mí a pies juntillas
vuesiría, vuesa alteza,
'celsitud, paternidad,
tú, vos, él, o reverencia,
el par sin par de esas patas.
TOMASA: ¿Llamáisos?
MANSILLA: Mansilla.

TOMASA: Oveja
golosa, y mansa, Mansilla,
mama a su madre y la ajena.
Algo me oleis a mamón.
Idme a ver cuando anochezca;
y vos, jardinero hermano,
siempre que mi paje os vea,
dadle gusto y regaladle,
y corra esto por mi cuenta.
Y pues la aguardan visitas,
quédese con Dios 'selencia
qe yo la veré mañana,
o esotro, o cuando Dios quiera.

**Vanse doña PETRONILA, el CONDE y
TOMASA**

LAURA: ¿Qué os parece el desposado,
Hernando?

Con ironía

HERNANDO: Que en competencia
de tal gracia y discreción
ya los celos me hacen guerra.
LAURA: ¡No me la hicieran a mí

ACTO TERCERO

Salen doña PETRONILA, de hombre, y LAURA

PETRONILA: Que os engañais os prometo.
LAURA: No me persuadáis a mí
 contra lo que escuché vi;
 que es vuestro conde discreto.
PETRONILA: Milagros de esa hemosura
 ¿a quién no han de hacer turbar?
LAURA: Ni de mi osaré fiar,
 don Gómez, esa ventura,
 ni Amor, que al principio empieza
 a acreditarse turbado
 --porque en todo enamorado
 la repentina belleza
 reduce a la vista el alma--
 después que vuelve advertido
 a su lugar el sentido
 que estaba, viéndoos, sin calma,
 deja cuerdo de enmendar
 la primera turbación;
 que Amor, todo discreción,
 sabe ver y sabe hablar;
 mas vuestro conde, en desprecio
 de quien ya le estima en poco,
 entró a visítame loco
 y salió, de verme, necio.
PETRONILA: Los que en su casa asistimos
 y con él comunicamos,
 su discreción admiramos
 y su donaire aplaudimos.
 Ni su padre os te enviara,
 ni Pompeyo intercediera
 a que vuestro esposo fuera
 si, como decís, le hallara
 sin partes para agradaros
 y amor para pretenderos.
 Turbóse llegando a veros,
 ocupóse en contemplaros,
 y como el alma dirige
 la lengua, y ésta olvidó
 su accion vital cuando os vio,
 ¿qué mucho, si no la rige
 quien la fía sus concetos;
 que en ellos hiciese pausa,
 y mientras duró la causa,
 le turbasen sus efetos?
 Él volverá sobre sí

la segunda vez que os vea.
LAURA: Plegue á Dios que tarde sea!
PETRONILA: Algo tenéis vos aquí
que os duele más, mi señora,
que el conde.
LAURA: Examinador,
por lo rapaz hablador,
¿quién os mete en eso?
PETRONILA: Adora
quien sirve, lo que su dueño;
y como tiran sus gajes
sus gentil hombres y pajes,
estoy en el mismo empeño
que el señor, que os quiere bien;
y en fe que en celos se abrasa,
los que estamos en su casa
tenemos celos también.
Pero, pues os doy enfado,
voyme. Adiós.
LAURA: Volved acá.
PETRONILA: Si el conde en desgracia está
con vos, y soy su criado,
participaré desvelos
de su vana pretensión.
LAURA: Si por participación
tenéis voluntad y celos,
bien me debéis de querer.
PETRONILA: Amor en los semejantes
es mal de participantes.
¿Pudiera yo merecer
igualaros!
LAURA: ¿Hay tal paje?
PETRONILA: Tuviera yo calidad
digna de vuestra beldad
en hacienda y en linaje;
que entónces... No digo nada.
Adiós, que me vuelvo loco.
LAURA: No os vais. Esperáos un poco
PETRONILA: Quien de mi señor se enfada,
no es razón, siéndole fiel,
que en desprecio de los dos,
me detenga.
LAURA: Trocad vos
talle y ingenio con él,
y podrá ser que le estiine.
PETRONILA: Pues ¿qué le falta a mi dueño?
LAURA: Lo que a una imaged de leño..
espíritu que le anime.
PETRONILA: Si a vuestro cargo se toma
su amor, en él os mudad,
y veréis mi voluntad.
PETRONILA: Bien se está San Pedro en Roma.
LAURA: Pues si vos que le servís,
y tan fiel os me mostráis,
aun de palabra dudáis
el truco que resistís,
¿por qué me culpáis de ingrata

cuando audiencia no le doy,
ni le amo, siendo quien soy,
y vos quien le asiste y trata?
PETRONILA: Ahora bien; dadme licencia
de que me transforme en él
y represente el papel
del dicho conde en su ausencia.

Veréis la mucha razón
que me obliga a no trocar
sujetos que han de aumentar
los grados de su pasión.

LAURA: Vaya, que gusto de oiros,
y el sitio alegre convida
a burla con que despida
soledades y suspiros.

PETRONILA: ¿Ya soy el conde, en efeto?

LAURA: Por tal el talle os abona;
que aunque en tercera persona,
deseo verle discreto.

Como que llega con el sombrero en la mano

PETRONILA: Vaya pues. Pleitos parientes,
Por serlo, más peligrosos,
Prima y señora, amorosos,
a atajar inconvenientes,
de Milán me traen a España
de mi padre persuadido
que Amor, que tercero ha sido
de quien con él se acompaña,
pudiera facilitarlos
a no llegar a impedirlos
celos, que antes de admitirlos
me ocasionan a llorarlos.
Temeros grata al marqués
Octavio, mi opositor
y el enemigo mayor
de mi padre, la causa es
de venir disimulado
en el traje que me esconde,
y que el verdadero conde
del fingido sea criado.
De mí mismo presumido
tan gallardo me fingí
que en viéndoos, me prometí
ser luego de vos querido,
y que vuestra libertad
de ninguno conquistada
para mí solo guardada
me rindiera su beldad.
Mas como en Madrid Amor,
universal mercader,
todo es comprar y vender
siendo el gusto corredor;
viendo lo que el vuestro precia
disfraces, sé, Laura hermosa,

que no hay hermosura ociosa
ni presunción sin ser necia.

No es el amante primero
que cuadros y engaños traza
quien esperanzas disfraza
en sombras de jardinero,
pero tampoco serán
éstas las primeras flores
que a engaños lisonjeadores
ocasión y amparo dan...

Fácil mostraros pudiera
si secretos revelara,
dama que os desengañara
y a olvidos os persuadiera;
que en la casa donde vivo
llora cierta doña Inés
de un don Hernaudo Cortés
traiciones, que os apercibo
para que os den escarmientos.
Pues en Málaga engañada,
cuando adquirida olvidada,
a ejecutar juramentos
viene de quien, incapaz
del bien que el amor encierra,
huyó a Italia, y por la guerra
trocó promesas de paz.

Petronila hay en Sevilla,
que de su honor acreedora
los mismos engaños llora;
puesto que con escribilla
que con ella ha de casarse
en añadiendo a su hacienda
la cruz que espera encomienda,
puede ausente consolarse.
Hablen cartas; que estas dos

Dale una

de Italia a su madre escritas,
aunque son quebradas ditas,
serán desengaño en vos.

Ésta escribió de Madrid,

Dale la otra

recién llegado, leedlas.
Si estáis celosa, rompedlas;
pero si cuerda, advertid
quien sois y en lo que os estima
quien, aunque con vos pleitea,
no ya por dueño os desea,
pero os guarda comer a prima
y ha de vengar vuestro agravio,
cuando a Valencia del Po
me quiten; que pienso yo

si sabe el marqués Octavio
 --que sí sabrá, pues a hablarle
 voy, puesto que os favorece--
 que os ama quien no os merece,
 que en mi favor he de hallarle.
 Él hará que la sentencia
 que esperáis, salga por mí;
 mas pues a vos os perdí,
 ¿qué importa pierda a Valencia?
 Gozad vuestro disfrazado,
 que siembra afrentas en flores,
 y haced a un hombre favores
 con dos mujeres casado;
 que con volverme a Milán
 y avisar a vuestro tío
 vuestro amante desvarío,
 justas disculpas tendrán
 desprecios que sólo en vos
 malograron mi esperanza.
 Mas vos me daréis venganza.
 ¡Postas, hola! Prima, adiós.

Quiere irse

LAURA: Espera, escucha. --¿Hay quimeras
 semejantes? --Primo, conde,
 don Gómez, oye y responde
 si éstas son burlas o veras.
 Tan a lo vivo te enojas,
 de tal modo persuades
 que con mentiras verdades
 si me alegras, me congojas.
 Secretos me has revelado
 que si mi primo no fueras
 nuuca saberlos pudieras.
 ¿Quién eres, ó quién te ha dado
 tan larga cuenta de mí?
 ¿qué deseos hechiceros,
 entre engaños jardineros,
 te hicieran curioso así?
 Si desde Milán veniste,
 ¿cómo a Málaga llegaste?
 ¿Qué oráculos consultaste
 que de Sevilla supiste
 los agravios que imaginas,
 los celos con que me ofendes,
 las penas con que me enciendes
 con Ineses y sobrinas?
 ¿Quién en la corte tan presto
 te enseñó esa doña Inés?
 De don Hernando Cortés
 ¿quién te ha informado? ¿Qué es esto?
 ¡Cielos! No puedo negarte
 ser ésta su firma y letra;
 pero quien tanto penetra,
 o se aprovecha del arte

ilícita, o mi rigor
 amante intenta vencer,
 porque sólo puede hacer
 tanta diligencia Amor.
 ¿Eres el conde mi primo?
 Sí dices, pues estás mudo.
 Ya me alegra lo que dudo;
 por tal tu presencia estimo;
 tu talle me desengaña,
 tu gentileza me obliga.
 Basta que el alma lo diga.
 Quien vino por verme a España,
 quien averiguó discreto
 traiciones que, disfrazadas,
 fueron hasta aquí estimadas
 y ya aborrecer prometo,
 digno es de correspondencia
 igual. Don Hernando, en fin,
 lo que sembró en el jardín
 cogerá. Tenga paciencia
 si cauteloso y astuto
 le ofenden mis desengaños;
 que bien es, quien siembra engaños
 que en desprecios coja el fruto.
 Sácame ya de estas dudas.

PETRONILA: Dime si mi primo eres.
 Seré lo que tú quisieres
 si en amor desdenes mudas.
 Yo soy el conde Galeazo,
 que en tu vista me deleito.
 LAURA: Pues, conde, acabóse el pleito.
 La sentencia es este abrazo.

Abrázale

PETRONILA: El don Hernando Cortés
 murió. No puede igualarte.
 Pues hoy ha de visitarte
 su ofendida doña Inés
 para que presente veas
 quien ausente desatina.
 Y la andaluza sobrina
 también, si hablarla deseas.
 Está en la corte.
 LAURA: ¿Qué dices?
 PETRONILA: Esta tarde la verás.
 LAURA: A ti te quiero, y no más.
 PETRONILA: Penas han sido felices
 las que he pasada hasta aquí
 pues así lealtades pagas.
 LAURA: Porque desde hoy satisfagas
 agravios, haz, prueba en mí
 de lo mucho que te quiero.
 PETRONILA: El jardinero nos mira.
 LAURA: Pues, un rato te retira;
 que yo le haré al jardinero

que no engañe, sencilleces
extranjeras.

PETRONILA: Voyme pues.

LAURA: ¿Volverás?

PETRONILA: Con doña Inés.

LAURA: ¿Y sin ella?

PETRONILA: Muchas veces.

Vase doña PETRONILA. Sale don HERNANDO

HERNANDO: Dilaciones, mi condesa,
que esperanzas marchitando...

LAURA: ¡Basta, basta, don Hernando!
De conoceros me pesa.
Estos papeles mirad

Dáselos

y obligaciones cumplid;
que aunque es confusión Madrid,
tiene mucha claridad
su cielo, con que da luz
a engaños y deslealtades.
Empeños y voluntades,
caballero y andaluz,
no son pleitos de acreedores
que se dejan a herederos;
basta que deban dineros
y no paguen los señores,
sin que deban la opinión
engañada por sencilla.
En Málaga y en Sevilla
--será en su contratación--
tenéis vuestros intereses
y es bien los correspondáis
si mercader no quebráis
con Petronilas e Ineses
cuyas esperanzas secas,
aunque aquí las cultivéis,
se quejan de que las deis
engaños por hipotecas.

Mirad que se cumple el plazo
que a estas deudas corresponde
y que está en Madrid un conde
que es mi primo y es Galeazo,
y llevará mal el veros
aquí desluciendo oficios;
que dicen mal artificios
que suelen dejar dineros.

Escoged entre las dos
la más hermosa, y salid
de esta huerta y de Madrid,
o haréos yo salir. Adiós.

Vase la condesa LAURA

HERNANDO: ¿Qué es esto, Laura? ¿Qué es esto,
 condesa, señora mía?
 ¡El pesar del alegría
 tan cerca, cielos, tan presto!
 Mas quien su esperanza ha puesto
 en yerbas que no dan fruto,
 ¿qué mucho cobre tributo
 en flor que fácil se pierde,
 viva a la mañana y verde,
 muerta a la noche y con luto?
 ¿Qué Ineses, si ya casada
 la que adoré me dejó?
 ¿Qué Petronilas, si yo,
 Laura, el alma os tengo dada?
 Díome en Sevilla posada
 mi primo; mas si no vi
 su hija, ¿en qué la ofendí?
 ¿Es la voluntad moneda
 con que paga el que se hospeda
 regalos? Diréis que sí.
 Míos los papeles son,
 con que Laura me lastima.
 Escribiólos a mi prima
 no mi amor, mi obligación.
 Rigurosa ejecución,
 ¿en palabras haces prenda?
 Trueque Amor, contrate y venda
 si al interés se avasalla;
 mas no me obligue a compralla
 ausente y sin ver, la hacienda.
 ¿Quién os pudo a Laura dar,
 papeles? ¿Mis enemigos?
 ¿Quién en la corte testigos
 os hizo de mi pesar?
 Celos por averiguar
 infiernos son, que no celos.
 O moriré, o sacarélos
 en limpio y sabré mis daños;
 Que mas valen desengaños
 que morir entre recelos.

***Quiere irse don HERNANDO, y le detiene doña
 PETRONILA, vestida de hombre, al salir***

PETRONILA: Don Hernando, cierta dama
 que en casa del conde vive,
 y este papel os escribe,
 sobrina vuestra se llama.

Dale un papel

No sé yo cómo ha sabido
 que aquí vives disfrazado.

Amor, que es todo cuidado,
vuestro fiscal habrá sido.

Vedla; que corre su honor
riesgo agora manifiesto,
y por lo que os toca en esto
debéis hacerla favor.

La calle de la Gorguera,
enfrente San Sebastián
buscad; que en ella os dirán
su casa, y ved que os espera;
pues si, como dice, es
sobrina vuestra, y no vais,
aunque Cortés os llamáis,
no os tendremos por cortés.

Vase doña PETRONILA

HERNANDO:

Alto, a ejecutar papeles,
que a su madre la escribí,
mis penas la traen aquí
ya con celos más crüeles.

Habrále a Laura vendido
quimeras y obligaciones,
que en sus imaginaciones
engendran desdén y olvido.

Mas; ¿a Madrid de Sevilla
una mujer principal,
sin verme, haciendo caudal
solamente de escribilla?

¿Y en casa del conde? ¡Cielos!
¿Tan presto se han conocido?
Pero si el conde ha sabido
mi disfraz, y tiene celos,
no es mucho, Amor, que procures
que mi esperanza destrocen;
que en viéndose se conocen
los celosos y tahures.

Sepamos qué determina
de mí, o qué puede quererme
quien me ejecuta sin verme.
¡Válgate Dios por sobrina!

Lee

*"La tempestad e inclemencia
del cielo, en la patria mía
hacienda y madre en un día
me quitó, no la paciencia.
Solo tengo por herencia
palabras que por escrito
en vuestra sangre acredito;
mas podréisme responder
que del decir al hacer,
don Hernando, hay infinito.
No os quiero yo limitar
gustos que hacen dizfraros,*

sólo con veros y hablaros
penas pretendo aliviar.
Mucho tenemos que hablar,
y mucho más de vos fío.
Duélaos el destierro mío
y vedme, que es importante.
Si no queréis como amante,
a lo menos como tío."

¡Bien mi dicha se restaura
con sobrina sin hacienda
que, desterrada, pretenda
hacer competencia á Laura!

¡Y bien a su amor me obliga,
solicitando rigores
de quien esperanzas flores
con menosprecio castiga!

Con Laura me ha descompuesto,
doña Petronila, en fin.
Su desden secó el jardín
que mi amor había dispuesto.

Bien podré satisfacerla,
aunque renuncie disfraces
--que celos paran en paces--
y más haciendo que a verla

vaya su competidora;
mas ¿cómo podré después,
celosa de doña Inés
siempre mi perseguidora,
desmentir tantas sospechas?

¿O cómo pudo saber
Laura de esta mujer,
y de memorias deshechas
fabricar enojos tales?
Mas también habrá venido
a Madrid, porque el sentido
me quiten juntos mis males.

Dejemos trasformaciones
que tan mal se me han logrado,
y ya mi amor declarado
aliente sus pretensiones.

Veamos esta sobrina
que solicita mis daños;
pagaréla en desengaños
el mal que a hacerme se inclina,
y a Laura reduciré
a que averiguando enojos,
vuelva mi paz a sus ojos;
que si me ama, bien podré.

A Mansilla buscar quiero
para mudar de vestido.
Esta vez no habéis salido,
Amor, diestro jardinero.

**Vase don HERNANDO. Salen TOMASA, de labradora
rebozada con la toca, y MANSILLA**

TOMASA: Déjeme lavar mi ropa,
Le digo, y hágase allá.

MANSILLA: Vuelve la fachada acá
y no mires por la popa.
Advierte que me destilas
el alma y el corazón.
¡Bien haya quien el jabón
hizo e inventó las pilas!
¡Bendito sea el regidor
que entre floridos matices
condujo jabonatrices
para que se lave Amor!
Ni sus salas ni planteles,
cuadros, estatuas, pinturas,
grutescos, arquitecturas,
rejas, balcones, cancelas
se igualan a la invención
que en tanta pila dilata
brazos fregones de plata
entre ninfas de vellón.
¡No me hiciera a mí poeta
el dios rubio, todo cara!
Panegíricos cantara
a la invención arquiteta
de Juan Fernandez, que aquí
refugio de mantellinas,
labró pilas cristalinas.
¡Vive Dios, que cuando vi
garronas en letanía,
pilonos en procesión,
sudando espuma el jabón
entre sucia trapería,
que a fuer de disciplinantes,
con los golpazos que daban,
la pobre ropa llagaban
y a ti entre tus semejantes
cerniendo jabonaduras,
y amasando camisonos,
que dije, "Si aquí te pones,
Amor, no andarás a oscuras;
que dando ojos por despojos,
aquí, por lavar aprisa,
la mas flamante camisa
sale, rota, un Argos de ojos."
Ea, destapa la boca,
brilladora lavatriz.
No se atreva a la nariz
la descomedida toca.
Mira que me estás torciendo
el alma como pañal.

TOMASA: No lo sabe decir mal
el lacayazo.

MANSILLA: Ya entiendo.
Turrón quieres.

TOMASA: El picaño
debe soñarse en la aldea,

huésped de una chimenea
y adúltero de un escaño.
MANSILLA: ¡Zape! Astróloga acusanta,
¿quién de escaños te informó?
Que si la espetera no,
por Dios, que eres nigromanta.
 ¿Quién el soplo vivo fue
de este caso?

TOMASA: La noticia
que tiene de él la justicia
a quien aviso daré
 de que siendo un ganapán
con alquilados vestidos
y cuentos no sucedidos,
se vende por capitán
 y labradoras engaña
con plumitas y sombrero.
Todo se sabe, chancero.
Parietes tengo en Ocaña.
 Tras él vino con su padre
la del escaño; y en otro
cantará que llaman potro,
a las tres ánades madre
 --si nones decir espera--
el que de una cuchillada
sabe dar tal cabezada,
que hilvana toda una hilera.
 Pues , míreme aquesta cara,

Destápase

MANSILLA: ¡Tomasa del alma mía!
 ¿Tú en Madrid?
TOMASA: ¿Pues qué quería?
 ¿Que la gineta aguardara,
 que en almohaza ha trocado?
Aquí en busca suya estoy.
MANSILLA: Los brazos y alma te doy.
 ¿Quién tan presto te ha enseñado
 a hablar sacudidamente?
TOMASA: Pues yo ¿cuándo muda he sido?

MANSILLA: Mujer muda no la ha habido;
mas labradora inocente,
 ¿en Madrid deja su casa
y fullera jaboniza?
TOMASA: Ansí el Amor se desliza.
Quedando cual vio, Tomasa
 y sabiendo padre el caso,
¿qué tenía que esperar?
Sirvo en aqueste lugar
a una dama, toda raso,
 y no ha de verme mi aldea
mientras que no desengaño...
MANSILLA: Querrás decir al escaño
y madrina chimenea.

TOMASA: ...que vuelvo con mi marido.

MANSILLA: Si quieres, presto será.
¿Dónde vives?

TOMASA: Cerca está.
Aunque el sitio es escondido
yo me le sabré buscar
cuando le haya menester;
que agora no puede ser.

MANSILLA: ¿Pues por qué?

TOMASA: Es nunca acabar.
No me ronde lavanderas,
ni pilas atisbe, ¿entiende?
Si es que anochecer pretende
con las costillas enteras.
Si no por aquí se esté,
sabrás después lo que pasa.

MANSILLA: ¿Qué garatusas, Tomasa,
son éstas?

TOMASA: Se las diré
cuando importe.

Sale un CRIADO

CRIADO: Don Hernando
en la posada os espera.

MANSILLA: ¿Tenemos nueva quimera?

CRIADO: Sayales va renunciando
y viste a lo caballero.

MANSILLA: Celuchos deben de ser.

A TOMASA

TOMASA: ¿Me vendrás mañana a ver?
A las dos.

MANSILLA: Mucho te quiero;
pero viendo que tu casa
me ocultas, celos me das.
Niña en un lugar estás
donde por todo se pasa.

TOMASA: No pase todo por ti.
Ni por él, dándome enojos.
Ponga dieta en los ojos
o acordarás de mí.

**Vanse todos. Salen doña PETRONILA, de mujer
y tapada con el manto, y el CONDE Galeazo**

PETRONILA: Ya sabrá vueseñoría
quién soy.

CONDE: Aunque no me atrevo
a pedir que os descubráis,
en fe que no la merezco,
ya, mi señora, me ha dicho
obligaciones y empleos

don Gómez, que me aseguran
de competencias y celos.
Sé que doña Petronila
sois, con prendas de por medio
que obligan a que os adore
quien os confiesa por dueño.
Pidióme que os aguardase
aquí; que como le tengo
por tan mi amigo, se ocupa
en dar traza a mis remedios.
Si por serlo suyo yo,
agora obligaros puedo
a que despojando estorbos,
ya que os hablo, pueda veros.
La misma seguridad
y llaneza en mí os ofrezco
que en don Gómez, vuestro amante;
pero si no gustáis de esto,
no pretendo yo enojaros.
Vuestro término discreto

PETRONILA:

más tiene fuerza de leyes,
conde ilustre, que de ruegos;
mas hoy no puedo serviros.
Deslucen mucho desvelos
y cáusamelos don Gómez.
Con tantos divertimientos
desacreditó su gusto;
y si el rostro agora os nuestro,
juzgaréisele, estragado,
que no vengo de provecho.
Otro día os serviré.

CONDE:

Yo, mi señora, os prometo
que si por la muestra saco
lo que me encubre ese velo,
que a don Gómez tengo envidia
porque el donaire y despejo,
la discreción y el agrado
que apoyan lo que no veo,
es tal...

PETRONILA:

Basta, señor conde.

Muestra una mano sin guante

CONDE:

Esa mano que respeto
por lo grave y por lo hermoso,
proporcionado instrumento
de la cara que adivino,
asegura los recelos
que fingís, porque el criado
nunca se aventaja al dueño.
¿Había naturaleza,
sabía siempre en sus efetos,
de deshermanar la cara
de tan bella mano y cuerpo?
No, señora, no es posible.

Perdonadme si os desmiento;
que un mentís en tales casos
servicio es más que desprecio.
PETRONILA: Yo le estimo por favor,
y ¡ojalá me hiciera el cielo
como vos me imagináis,
pincel vuestro pensamiento!
Compitiera más segura
con la condesa, a quien temo
las ventajas que la envidio
y gracias que la concedo.
Sólo en la desigualdad
de su amar culparla puedo;
pues condesas y estudiantes
desproporcionan sujetos.
¿Cuánto mejor le estuvieran,
a no pintarse Amor ciego,
las prendas que en vos ignora,
conde, galán y su deudo?
Las mujeres, en fin, somos
esfera de los defetos;
como tales elegimos
gustos, no merecimientos.
¡Plegue á Dios que mienta yo
y que don Gómez, tercero,
tan cerca de los peligros,
no venga a anegarse en ellos!
CONDE: En esa parte, señora,
perdonadme; que le precio
más que vos, pues de él confío
lo que en vos dudoso veo.
PETRONILA: Estoy celosa.
CONDE: Yo y todo;
mas hay dos suertes de celos,
unas nobles y otros no;
y si de Laura los tengo,
en don Gómez los alivio.
Español y caballero,
sabio por la profesión
y por la experiencia cuerdo,
ni faltará a mi amistad,
ni despreciará el empeño
con que amor os eslabona,
de los dos hermoso enjerto.
PETRONILA: ¿Luego díjoos...?
CONDE: Ya me ha dicho
que es bisagra un ángel tierno
de vuestras dos voluntades;
que entre él y mí no hay secretos.

Sale ROBERTO, y habla aparte al CONDE

ROBERTO: Vargas me envía a avisar
a vueseñoría que luego
se llegue a la huerta dicha

de Juan Fernández; que el pleito
salió ya en favor de Laura,
y hay muchas cosas de nuevo
que en el de vueseñoría
nuestro don Gómez ha hecho.

CONDE: ;Válgame Dios! Perdonadme,
señora, si agora os dejo;
que en vuestra casa quedáis
mientras con don Gómez vuelvo.

PETRONILA: Ruego a Dios, conde y señor,
que de un próspero suceso
vengan a pedirme albricias
por la parte que en él tengo.

CONDE: Adiós.

PETRONILA: Señor, advertid
que aguardo.

CONDE: Luego volvemos
don Gómez y yo. Quedaos
con esta dama, Roberto.

Vase el CONDE

PETRONILA: Hacedme merced, hidalgo,
de llamarme un caballero
que es mi tío, y en mi busca
llegará, a lo que sospecho,
si no ha llegado, a esta casa.

ROBERTO: Que me place.

PETRONILA: Y en viniendo,
no dejéis entrar a nadie;
que importa hablarle en secreto.

ROBERTO: En todo seréis servida.

Vase ROBERTO

PETRONILA: Amor siempre invencionero,
quimeras todo y embustes,
¿qué fin han de tener estos?

**Descúbrese. Salen ROBERTO y don HERNANDO, de
rúa con hábito de Santiago**

ROBERTO: Aquí está vuestra sobrina.
Entrad, y seré portero
porque así me lo ha mandado
la misma.

HERNANDO: Guárdeos el cielo,

PETRONILA: ;Don Hernando de mis ojos!
Pues he merecido veros,
ya podré olvidar trabajos
que ocasionan mi destierro.
Aguardando estaba un coche,
como veis, el manto puesto,
dudosa de que bastasen

papeles y parentescos
a saearos de hortelano;
y a no venir, os prometo
que pensaba ir en persona,
tío, a haceros un mal tercio.
Habladme, dadme esos brazos;
que por amantes y deudos,
bien los puedo merecer
en albricias de que os veo.
Parece que os extrañáis
de hablarme.

HERNANDO:

Fuera yo necio,
si en tantas admiraciones
no me asombrara suspenso.
Vuestra hermosura y agrado
me enmudece, lo primero,
quejoso de que mi prima
tanto bien me haya encubierto.
Lo segundo, el ver que aquí
mujer de tantos respetos
y nobleza como vos,
se atreva desde tan lejos
a ejecutar cortesías,
que parando en cumplimientos
fuera fácil descartarlos,
a no cautivarme el veros.
Lo tercero, de que estéis,
No huésped pero dueño
de esta casa, donde vive
un conde, y ése, extranjero,
de ayer venido. Lo cuarto,
que me conozcáis tan presto,
sin haberme visto nunca.
Pudiera alegar, tras esto,
agravios no merecidos
con que me habéis descompuesto
con Laura, de cuyo amor,
solos ya desdenes medro;
además--si no me engaño--
de que en vos la imagen veo
de un don Gámez que me trujo
esta tarde un papel vuestro.
Ved si hay causas de admirarme.

PETRONILA:

Un algo nos parecemos
ese paje y yo, es verdad;
mas eso, Hernando, no es nuevo.
Murió en Sevilla mi madre
en el rigor de este invierno
a manos de aquel diluvio
que tantos pobres ha hecho.
Habíame prometido,
Enseñándome los pliegos
que de Italia y de esta corte
la enviastes, que en honestos
lazos de amor os tendría
brevemente por mi dueño;
y deseábalo mucho,

obligaándoos hasta en esto.
Estaba yo...--perdonadme
si declaro pensamientos
que la vergüenza hasta agora
tuvo ocultos en mi pecho--
estaba yo enamorada
desde que una noche os vieron
curiosidades prohibidas
que engendraron mis deseos
--puesto que a puerta cerrada--
por permisiones que el tiempo
supo abrir en sus molduras;
que aun en ellas hay cohechos.
Como os partistes a Italia
aquella tarde sin vernos,
y amor con la privacion
es lo mismo que con celos,
cuanto más dificultoso
os consideré, dio aliento
a centellas, que imposibles,
no pararon hasta incendios.
Sin vos, sin mí y sin mi madre,
vine en vuestro seguimiento
por lo más, ya que perdí
la hacienda, que fue lo menos
quiero decir, por el alma;
que ya que mis bienes pierdo,
aunque en ella halle mis males,
busca su consorte el cuerpo.
No faltaron en Madrid
Argos, Hernando, que os vieron
cohechar jardines y flores,
y al conde noticia dieron
de malicias, ya verdades,
que averiguando los celos
para desmentir peligros,
pararon en embelecocos.
Apeóse en mi posada
el dicho conde, y pudieron
segun él finge, obligarle
mis ojos, que él llama cielos,
a divertirle de Laura;
y esto Hernando, en tanto extremo
que informado de quién soy,
en saliendo con un pleito
que importante aquí litiga,
con lícitos himeneos
me ofrece en Italia estados
y en España pensamientos.
Puso casa, en un cuarto
de ella dándome aposento,
si amante me solicita,
me honra como caballero.
Para burlarse de Laura,
hizo al paje más grosero
que la viese, falso conde.
Ya os hallasteis al suceso.

Tío, mi padre me escribe
que con más de cien mil pesos
viene a cubrir de diamantes
la cruz que os adorna el pecho
si pagáis obligaciones.
Cuando un conde menosprecio
y con el nombre de esposo
gustáis realzar el de deudo,
dejad pretensiones vanas;
porque os afirmo por cierto
que don Gómez, ese mozo,
a quien dicen me parezco,
tiene en Laura tanta parte,
--pues yo os lo afirmo, creedlo--
que hay quien ha visto que pasa
de los límites honestos.
Díjele cuánto os quería,
ofreció ser mi tercero,
dióme de sus dichas parte,
y para aliviar sus celos,
vuestras cartas me pidió
que a la condesa pudieron
persuadir a los engaños
que lloran vuestros desvelos.
Como en que Laura os olvide
tanto, mi Hernando, intereso.
También yo he solicitado
con ella sus menosprecios.
Obligaciones de tío,
promesas de caballero,
correspondencias de amante,
resoluciones de cuerdo,
os intimo; si admitís
la voluntad que os ofrezco,
ni yo lloraré desgracias,
ni vos sentiréis desprecios.
Ahora, sobrina, estas cosas
piden dilación al tiempo,
informacion a la fama,
y a la prudencia consejo.
Tratarémoslas despacio.
Yo vendré a la noche a veros.
Quedáos con Dios. (Muerto voy
de agravios, de amor y celos.)

HERNANDO:

Aparte**Vase don HERNANDO**

PETRONILA:

Esto lleva ya camino.

Cúbrese y sale ROBERTO

ROBERTO:

Ya se fue aquel caballero.

PETRONILA:

Y el conde se tarda mucho.

Yo tengo la casa lejos.

Sepa si volvió la silla

- LAURA: confieso lo que decís.
Si ese derecho adquirís,
la razón, doña Inés, venza;
que yo no he de ser mujer
de quien ya para con Dios
está casado con vos.
Ya de mí no hay que temer.
Galeazo Malatesta,
aunque oculto a verme vino
engaños cuerdo previno
de quien ya mi amor molesta.
Es mi primo, y pues salí
en el pleito vencedora,
dándole la mano agora
verá que hay valor en mí
para pleitear estados,
y amor para restaurar
pérdidas que han de premiar
sus amorosos cuidados.
- TOMASA: Sois vitoriosa y amante.
- LAURA: De mí, Inés, estad segura;
pero no de otra hermosura,
con la vuestra litigante,
que en Sevilla se dejó
engañar cual vos, y agora,
en Madrid competidora,
en sus cartas alegó
palabras que recopila,
y os ha de dar bien que hacer
por ellas. Es la mujer
cierta doña Petronila,
su sobrina, y sevillana.
- TOMASA: Siendo primero acreedor
en esas deudas mi amor,
la justicia tengo llana
y un testigo de dos años
que traigo a Madrid conmigo...
- LAURA: Ése es parte y es testigo
que sacará a luz engaños.
¿Es posible que se atreva
quien así se ve obligado,
al cielo?
- TOMASA: Un enamorado
tras sí los sentidos lleva.
Bien le pueden disculpar
hermosura, amor y ausencia.

Sale un CRIADO

- CRIADO: Una dama a vuexcelencia
plácemes le viene a dar
del pleito con que ha salido.
- LAURA: ¿Quiéá es?
- CRIADO: Dice que se llama
doña Petronila.
- LAURA: Dama

de vuestro ofensor ha sido.
 Mirad si os dije verdad.
 ¿Queréis verla?

TOMASA: No, señora;
 que siendo mi opositora,
 perderé a la autoridad
 que merece vuexcelencia
 el respeto, y no es razón
 dar a enojos ocasin.
 Irme quiero.

LAURA: Ésa es prudencia.
 Mirad que habemos de ser
 muy amigas desde hoy.

TOMASA: Bésoos las manos. Yo soy
 vuestra esclava.

Vanse TOMASA y el CRIADO

LAURA: Esta mujer
 he visto, yo no sé dónde.
 Paréceme que jurara
 que se retrató en su cara
 la del mentiroso conde.

Sale doña PETRONILA, cubierta la cara

PETRONILA: Don Gómez, señora mía,
 a quien le debe mi honor
 la confidencia y favor
 que de él mi esperanza fía,
 que mandó que a visitaros
 a instancia suya viniese
 y parabienes os diese
 de que ya pueda llamaros
 condesa suya Valencia.
 Goce con su posesión
 digna de tal perfección
 otras muchas vuexcelencia,
 y téngame a mí por suya.

LAURA: Cuenta don Gómez me ha dado
 de quién sois y del cuidado
 que os trujo a Madrid. Arguya
 de vuestra belleza agora
 mi vista la ingratitud
 de una loca juventud
 que os ha olvidado. Señora,
 apartad del rostro el manto.

PETRONILA: Serviros es mi deseo.

Descúbrese

LAURA: ¡Jesús! ¿Qué es esto que veo?
 PETRONILA: No me admira vuestro espanto;
 que somos muy parecidos

- don Gómez y yo.
- LAURA: No sé,
si viéndoos, crédito dé
a mi engaño o mis sentidos.
Admiro tal semejanza.
- PETRONILA: Como ésa es causa de amor,
solicité su favor,
y vive en él mi esperanza.
Quiso Dios que se apease
en la posada en que moro,
y el menosprecio que lloro
mis desdichas le contase;
y de ellas compadecido
don Gómez, me prometió
socorros que ya cumplió;
pues segura de él he sabido
ya don Hernando Cortés
no podrá lograr en vos
los engaños que a otras dos
ha hecho.
- LAURA: Una doña Inés,
de Málaga, puede haceros
contradicción; que de mí
no hay recelos desde aquí
que os dén causa de ofenderos.
Líbreme Dios de tal hombre.
- PETRONILA: Ya yo sé que esa mujer
esta tarde os vino a ver;
mas no hay porque eso me asombre;
que todos son fingimientos.
- LAURA: Por cierto, si cual la cara,
vuestro derecho os ampara,
que tenéis merecimientos
Dignos de que don Hernando
más que a todas os estime.
- PETRONILA: Vuestra hermosura reprime
memorias que estoy llorando
puesto que como os adora
don Gómez--el conde digo
que declarado conmigo
de todo soy sabidora--
no tengo que temer daños,
aunque sí merecimientos
pues os darán escarmientos
consejos en desengaños.
¡Dichoso, si ha de ser dueño
don Gómez, de esa beldad!
- LAURA: Vivid con seguridad
de que el amor que le enseñó,
no es fingido.
- PETRONILA: Sois tan sabia
como hermosa en elegir
tal sujeto.
- LAURA: Séos decir
que el ingrato que os agravia,
aunque se llama Cortés,
desdice de su apellido,

pues que con vos no lo ha sido.
 Libreos Dios de doña Inés;
 que por la similitud
 que con don Gómez tenéis,
 deseo mucho que troquéis
 en amor su ingratitud.

PETRONILA: No me hagáis vos competencia;
 que en lo demás no hay temor
 que desespere mi amor.

Sale un CRIADO

CRIADO: A hablar a vuestra excelencia
 entra un caballero.

PETRONILA: Dadme
 licencia...

LAURA: Con que volváis
 a verme.

PETRONILA: ¿De eso dudáis?

LAURA: Petronila, visitadme;
 que os quiero mucho.

PETRONILA: Será
 no por lo que yo merezco
 mas por lo que me parezco
 al conde que pena os da.

LAURA: Mucho merecéis por vos;
 mucho por él os estimo.

PETRONILA: Sois su dama, es vuestro primo,
 y yo vuestra esclava. Adiós.

Vanse doña PETRONILA y el CRIADO. Sale el CONDE

CONDE: Ya que en el pleito vencistes
 justamente, hermosa Laura
 y con Valencia perdí
 la libertad, vuestra esclava;
 puesto que agora pudiera
 dar a mis celos venganza
 apoyando desposorios
 de quien amáis engañada,
 mi noble amor no consiente
 que cuando os volváis a Italia
 lleves menos la opinión
 que tarde el tiempo restaura.
 El jardinero fingido
 que aquí cultivó esperanzas
 cogiendo el fruto en desdenes
 que lastiman si no matan,
 centa me ha dado de todo
 lo que con don Gómez pasa,
 el amor que le tenéis,
 y, de vos misma olvidada,
 las sospechas con que queda
 ofendida vuestra fama;
 que ya estas fuentes murmuran

la que estos jardines callan.
Y aunque don Hernando es noble,
yo creyera sus palabras,
porque ya yo sé que celos
mentiras y enredos tratan,
si el mismo ingrato don Gómez
que aposentado en mi casa
y, amigo falso, en mi pecho,
ocasiona estas marañas
en vez de terciar mis dichas,
reducirme a vuestra gracia
y cumplir palabras suyas,
todo engaños, todo caras,
conmigo y con vos traidor,
cuando más finge que os ama,
más vuestra opinión desdora,
más vuestra afrenta amenaza.
Él me contó los sucesos
de Alcalá, donde hospedada,
os lisonjeó atrevido
la noche que, a ser vos sabia,
os pudieran persuadir
sutilezas de sotanas
a estudiantes embelecocos
y mentiras graduadas.
Por orden vuestra se encubre,
mudando en Madrid posadas
y, en vez de cursar escuelas,
curso aquí materias falsas.
Yo, Laura, soy vuestro primo;
yo el conde soy, que de Italia
a perder paciencia y pleitos
me trasladó amor a España.
Paje es el conde fingido
de don Gómez, que disfraza
para asegurar con vos
su amor y estorbar mudanzas.
Persuadióme a estos enredos
diciendo que me importaba
encubrirme de enemigos
que antiguos enojos guardan.
Mirad, prima, lo que hacéis;
que don Gómez tiene dama
en Madrid, que es madre ya
y que su esposa se llama.
Cierta doña Petronila
estuvo poco ha en mi casa
conmigo, de vos celosa,
y a pedir determinada
a la iglesia le compela
a que, cumpliendo palabras
ejecutadas en obras,
tantas quimeras deshaga.
Por lo que a mi sangre debo,
porque os adoro, aunque ingrata,
y por descubrir traiciones
que a luz desengaños sacan,

os vengo a dar este aviso.
Desmentid sospechas falsas
y pagad merecimientos
de quien os tiene en el alma.

LAURA: ¿Qué Circes, qué Falerinas
pretenden en esta casa
mezclar hechizos en flores,
que tanto embeleco enlazan?
Hombre, que no sé quién eres,
puesto que conde te llamas,
aunque mi primo te finjas,
si don Hernando te paga
mentiras que me propones,
en balde intentas lograrlas
cuando verdades desmienten
avisos con que me abrasas.
Esa doña Petronila
agora de aquí se aparta,
de don Hernando quejosa,
burlador de su esperanza.
¿Por qué olvidos que te culpan,
contra don Gómez achacas,
si ella misma se hace lenguas,
pregonera en su alabanza?
¿Qué estudiantes? ¿Qué Alcalá?
¿Qué lisonjas? ¿Qué posadas?
¿Qué amor? ¿Qué escuelas son éstas
que de juicio te sacan?
Ya yo sé quién es don Gómez
por más que me persuadas
a lo contrario; ya sé,
por la firma de tres cartas,
lo que don Hernando debe
a hermosuras sevillanas,
y a Ineses aborrecidas
en su busca cortesanas;
ya sé que el intruso conde
es su paje, y que se llama
Galeazo, y es mi primo
el don Gómez que amenazas.
Véte, y dile a quien te envía
cuán mal le salió la traza
con que pensó darme celos
o haré, cuando no te vayas
que tus traiciones castiguen.

CONDE: ¿Qué es esto, cielos? Mi Laura,
mira que tu primo soy.
Permite que satisfaga...

LAURA: ¡Oh bárbaro! ¿Yo tu prima?
¡Criados, hola!

Sale TOMASA, de conde

TOMASA: ¿A quién llama,
prima y señora, selencia?
¿Quién la ha dado enojo?

No os espantéis, prima mía;
 que de una enfermedad larga
 los lúcidos intervalos
 que habéis visto, le maltratan.
 CONDE: ¡Oh villano! ¡Vive el cielo...!

Sale un ALGUACIL

ALGUACIL: Que lleve preso me mandan
 a Galeazo Malatesta
 que vino a Madrid de Italia.
 Vuexcelencia me perdone;
 que todo vendrá a ser nada,
 y por saber que es su primo,
 tendrá por cárcel su casa.
 LAURA: Pues al conde, ¿qué le imputan
 ALGUACIL: Una muerte ocasionada
 por su padre allá en su tierra
 mas todo en Madrid se acaba.
 Díganme, ¿quién es el conde?

Al CONDE

CONDE: ¿Sois voz, señor?
 Quien se alaba
 de serlo, y con tal blasón
 primo le intitula Laura,
 es el que tenéis presente.

Señalando a doña PETRONILA

PETRONILA: ¿Yo conde? ¿Qué me faltaba?

Señalando a TOMASA

Criado del conde, sí;
 que es éste.
 TOMASA: Si hay condes Vargas,
 Vargas conde soy desde hoy;
 mas si no, dejando chanzas,
 nací en Cabañas de Yepes
 y no nacen en cabañas,
 aunque hay tanto conde agora.
 ALGUACIL: ¡Oh! Pues si negarlo tratan,
 vénganse todos tres presos.
 TOMASA: Señores, que soy Tomasa,
 mujer de Mansilla.
 LAURA: ¿Quién?
 CONDE: ¿Vos mujer?
 TOMASA: No sino el alba,
 y el don Gómez, si le olean
 a los pies, manos y barbas,
 ¿quién piensan qué es? Petronila.

LAURA: ¿Qué dices?
TOMASA: La sevillana.
LAURA: ¡Jesús! Don Gómez, ¿qué es esto?
PETRONILA: Verdades que si adelgazan,
no quiebran.
TOMASA: Embustes míos
los vuestros desenmarañan.
Don Hernando, salí acá...

Sale don HERNANDO y habla TOMASA al AGUACIL

TOMASA: Y arrimad vos esa vara;
que yo os di la comisión
y quiero residenciarla.
Hernando, ésta es la sobrina
con cien mil pesos que en barras
tiene de dote, y cien mil
donaires para adorarla.
Acábense las quimeras.
HERNANDO: Desde que el sol de su cara
miré, ganó su hermosura
desdenes que me asombraban.
Vuestro soy.
PETRONILA: ¡Gracias al cielo!
CONDE: Ya estaréis segura, Laura,
de que soy el conde yo.
LAURA: No será deudor quien paga.
Con la mano desempeño
peregrinaciones y ansias
que habéis pasado por mí.
CONDE: Ya glorias podré llamarlas.

Sale MANSILLA

MANSILLA: No hay dar en todo hoy con ella.
TOMASA: ¡Mansilla!
MANSILLA: ¡Jesús! Fantasmas,
ilusiones, ¿qué es aquesto?
¿Quién hizo conde a Tomasa?
TOMASA: Amor y bellaquerías
que en Madrid y can huertas pasan
tan célebres como es ésta.
HERNANDO: Alto, reparen desgracias
bodas, y premios dé Amor
mientras nuestra corte alaba
la huerta de Juan Fernández
y suple el senado faltas.

FIN DE LA COMEDIA

Edición digital Revista literaria Katharsis
[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Depósito Legal: MA-1071/06

Copyright © 2008 Revista Literaria Katharsis 2008

